

CUADERNOS

historia 16

Los Abbasíes

Manuel Grau, Camilo Alvarez y Juan Vernet



29

140 ptas

CUADERNOS

historia 16

1: Los Fenicios • 2: La Guerra Civil española • 3: La Enciclopedia • 4: El reino nazarí de Granada • 5: Flandes contra Felipe II • 6: Micenas • 7: La Mesta • 8: La Desamortización • 9: La Reforma protestante • 10: España y la OTAN • 11: Los orígenes de Cataluña • 12: Roma contra Cartago • 13: La España de Alfonso X • 14: Esparta • 15: La Revolución rusa • 16: Los Mayas • 17: La peste negra • 18: El nacimiento del castellano • 19: Prusia y los orígenes de Alemania • 20: Los celtas en España • 21: El nacimiento del Islam • 22: La II República Española • 23: Los Sumerios • 24: Los comuneros • 25: Los Omeyas • 26: Numancia contra Roma • 27: Los Aztecas • 28: Economía y sociedad en la España del siglo XVII • 29: Los Abbasíes • 30: El desastre del 98 • 31: Alejandro Magno • 32: La conquista de México • 33: El Islam, siglos XI-XIII • 34: El boom económico español • 35: La I Guerra Mundial (1) • 36: La I Guerra Mundial (2) • 37: El Mercado Común • 38: Los judíos en la España medieval • 39: El reparto de Africa • 40: Tartesos • 41: La disgregación del Islam • 42: Los Iberos • 43: El nacimiento de Italia • 44: Arte y cultura de la Ilustración española • 45: Los Asirios • 46: La Corona de Aragón en el Mediterráneo • 47: El nacimiento del Estado de Israel • 48: Las Germanías • 49: Los Incas • 50: La Guerra Fría • 51: Las Cortes Medievales • 52: La conquista del Perú • 53: Jaime I y su época • 54: Los Etruscos • 55: La Revolución Mexicana • 56: La cultura española del Siglo de Oro • 57: Hitler al poder • 58: Las guerras cántabras • 59: Los orígenes del monacato • 60: Antonio Pérez • 61: Los Hititas • 62: Don Juan Manuel y su época • 63: Simón Bolívar • 64: La regencia de María Cristina • 65: La Segunda Guerra Mundial (1) • 66: La Segunda Guerra Mundial (2) • 67: La Segunda Guerra Mundial (y 3) • 68: Las herejías medievales • 69: Economía y sociedad en la España del siglo XVIII • 70: El reinado de Alfonso XII • 71: El nacimiento de Andalucía • 72: Los Olmecas • 73: La caída del Imperio Romano • 74: Las Internacionales Obreras • 75: Esplendor del Imperio Antiguo de Egipto • 76: Los concilios medievales • 77: Arte y cultura de la Ilustración en España • 78: Apocalipsis nuclear • 79: La conquista de Canarias • 80: La religión romana • 81: El Estado español en el Siglo de Oro • 82: El «crack» del 29 • 83: La conquista de Toledo • 84: La sociedad colonial en América Latina • 85: El Camino de Santiago • 86: La Guerra de los Treinta Años • 87: El nacionalismo catalán • 88: Las conferencias de paz y la creación de la ONU • 89: El Trienio Liberal • 90: El despertar de Africa • 91: El nacionalismo vasco • 92: La España del Greco • 93: Los payeses de remensa • 94: La independencia del mundo árabe • 95: La España de Recaredo • 96: Colonialismo e imperialismo • 97: La España de Carlos V • 98: El Tercer Mundo y el problema del petróleo • 99: La España de Alfonso XIII • 100: Las crisis del año 68.

historia¹⁶

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.
VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.
DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.
DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.
DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
REDACCION: Asunción Doménech y Manuel Longares.
COLABORACION ESPECIAL: José M.^a Solé Mariño.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: Madrid, Hermanos García Noblejas, 41, 6.º 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Barcelona: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: 218 50 16 y 218 50 66.

DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfs.: 268 04 03 - 02.
DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.
PUBLICIDAD MADRID: Adriana González.
Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Cataluña: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: (93) 237 70 00, 237 66 50 ó 218 50 16.
Zona Norte: Alejandro Vicente. Avda. del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Tel. (94) 435 77 86.
IMPRIME: Raycar, S. A. Matilde Hernández, 27. 28019 Madrid.
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avda. Valdelaparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).
ISBN 84-85229-76-2, obra completa.
ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.
ISBN 84-7679-016-3. Tomo V
Depósito legal: M. 41.536. - 1985.



Escena de la vida cotidiana en una taifa española (plumilla del siglo XIX)

Índice

Los Abbasíes	4
El imperio de Bagdad	
Por Manuel Grau Montserrat	6
Profesor de Lengua y Literatura Arabes. Universidad Central de Barcelona	
Los taifas españoles	
Por Camilo Alvarez de Morales	18
Colaborador científico del C.S.I.C. Granada	
Esplendor de la ciencia árabe	
Por Juan Vernet	24
De la Real Academia de la Historia	
Avicena	29
Las obras de Avicena	30
Bibliografía	31



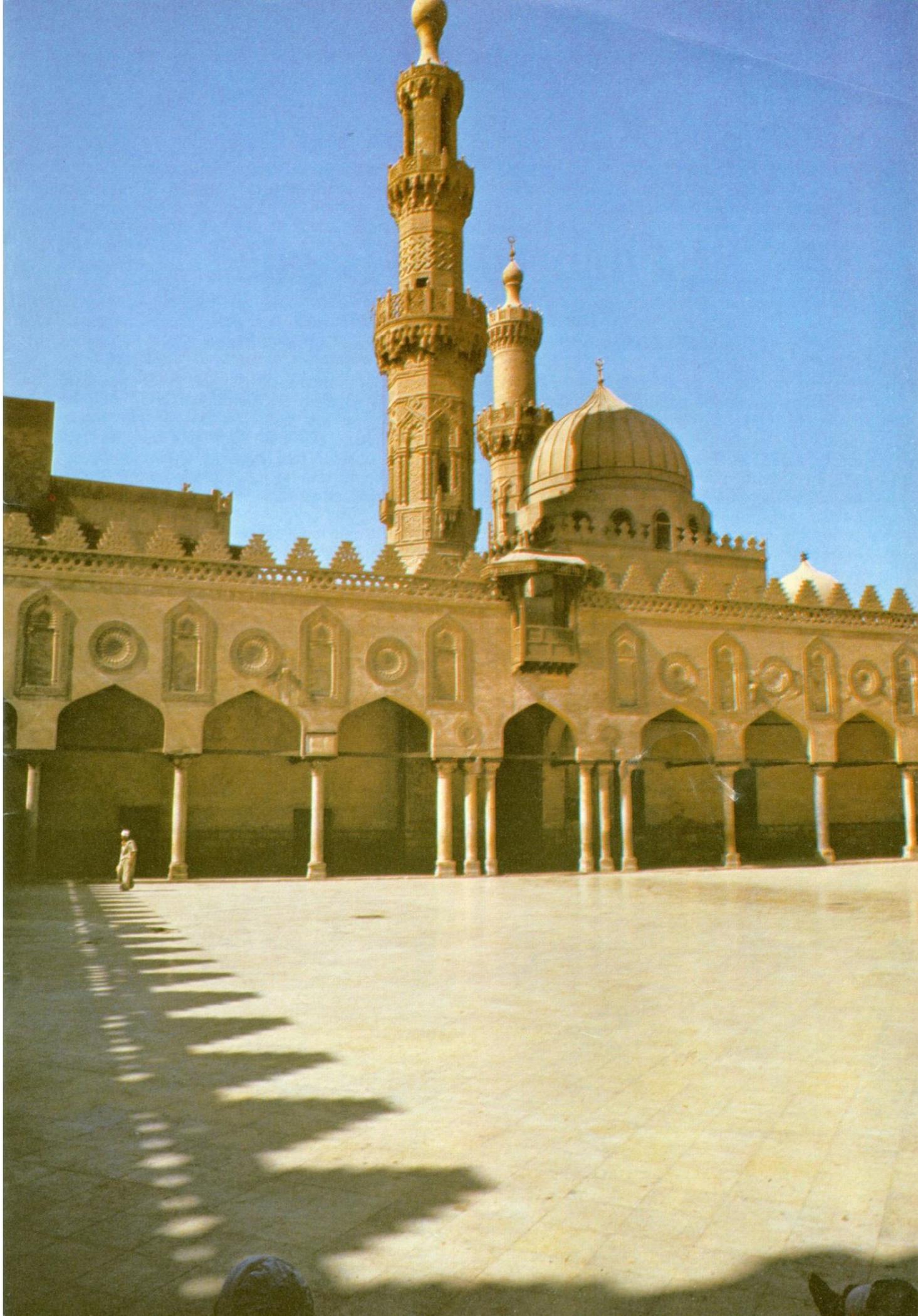
Los abbassíes

EN las décadas medias del siglo VIII, se produce el fundamental hecho de la ruptura de la unidad política que hasta entonces había mantenido el carácter propio de la expansión musulmana sobre el Oriente Medio, el norte de Africa y la Península Ibérica. La creación de una serie de organizaciones independientes prefigurarán en este momento la actual organización de los Estados árabes.

Con ello desaparece el predominio de la idea que hasta entonces había constituido el elemento básico del expansionismo islámico, centrado en la obtención de una unidad basada en la posesión territorial y el acuerdo obtenido

con los elementos sociales decisores de los espacios conquistados. De esta forma, países como Egipto, Irán, Túnez y Marruecos establecen ya sus fronteras, que con ligeras modificaciones mantendrán hasta nuestros días.

Dentro de cada una de estas entidades políticas, se manifiestan a lo largo de este período unas tendencias dirigidas hacia la organización, o en su caso, perfeccionamiento de la administración pública. Esta representa de forma directa los intereses de las clases dominantes, que ahora deben compartir con el ejército el ámbito de la decisión política. La disgregación del Califato facilitará de esta forma esta orde-



nación fragmentada, que en los reinos taifas que surgen en Al-Andalus alcanza sus máximos niveles de expresión.

La consideración de la ciencia árabe resulta en este período un elemento de especial interés, como elemento de asimilación de los co-

nocimientos procedentes del mundo clásico y de su posterior transmisión al mundo medieval cristiano. Tarea ésta en la que el papel desempeñado por la fracción islamizada de la Península Ibérica manifestaría una especial relevancia.

El imperio de Bagdad

Por Manuel Grau Montserrat

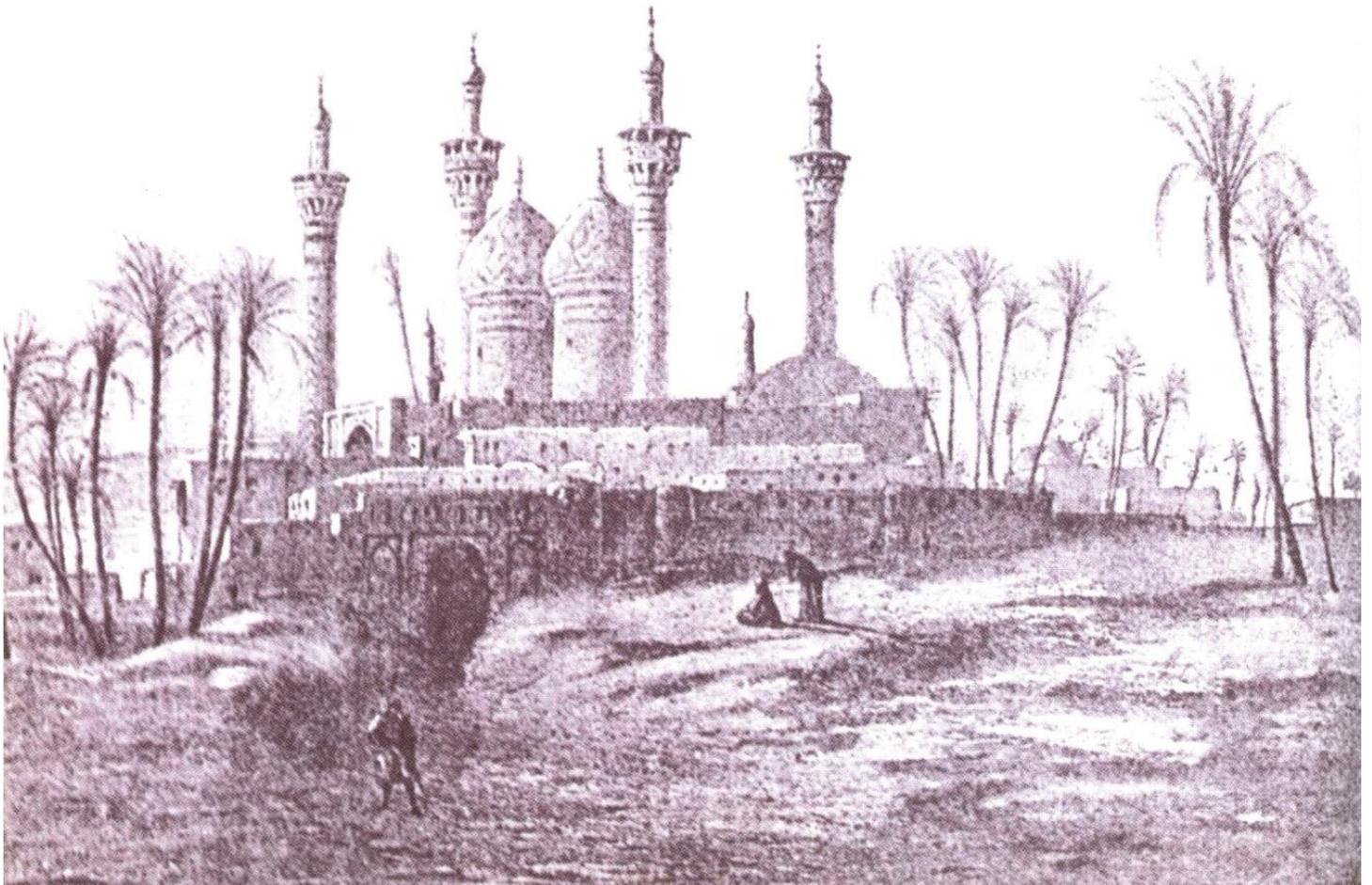
Profesor de Lengua y Literatura Arabes. Universidad Central de Barcelona

Alí b. Abd Allah b. al-Abbas, antepasado de los abbasíes, nace, según la tradición musulmana, en 661, la misma noche del asesinato del califa Alí, yerno del Profeta; muere en 735-6 en la aldea de Humayma, que se convierte así en centro de la propaganda abbasí en cuanto Muhammad b. Alí, padre de los futuros califas al-Saffah y al-Mansur, es reconocido como jefe supremo de los abbasíes. Su abuelo al-Abbas era tío de Mahoma y por ello, o por sus cualidades personales, recibió grandes mercedes del último de los califas mediníes. Pero como intrigara en secreto contra los omeyas, fue expulsado de la capital por al-Walid I y se estableció entre la frontera de Arabia y Palestina.

El imperio abbasí de Bagdad es el penúltimo de los nacidos en el Oriente Próximo. El último será el de los sultanes de Constantinopla (1517-1918). El vasto dominio es una formación política que bajo la dirección de un descendiente del tío del Profeta agrupa a distintas poblaciones que tienen en común la lengua árabe y la religión islámica importadas del Hichaz y con las que se intenta hacer un Estado homogéneo.

La influencia, en concreto, de la religión sobre todos los aspectos de la civilización musulmana hace posible que el conjunto del imperio resista la lenta disgregación política a la que se llega por la variedad de los localismos y particularismos de las diversas provin-

Bagdad, según una plumilla del siglo XIX



cias, causa del perenne desequilibrio del Estado. Por si fuera poco, este imperio estará gobernado y administrado por elementos étnicos antagónicos —iraquíes, iraníes, turcos— arabizados o islamizados, entre los cuales el árabe casi desaparecerá.

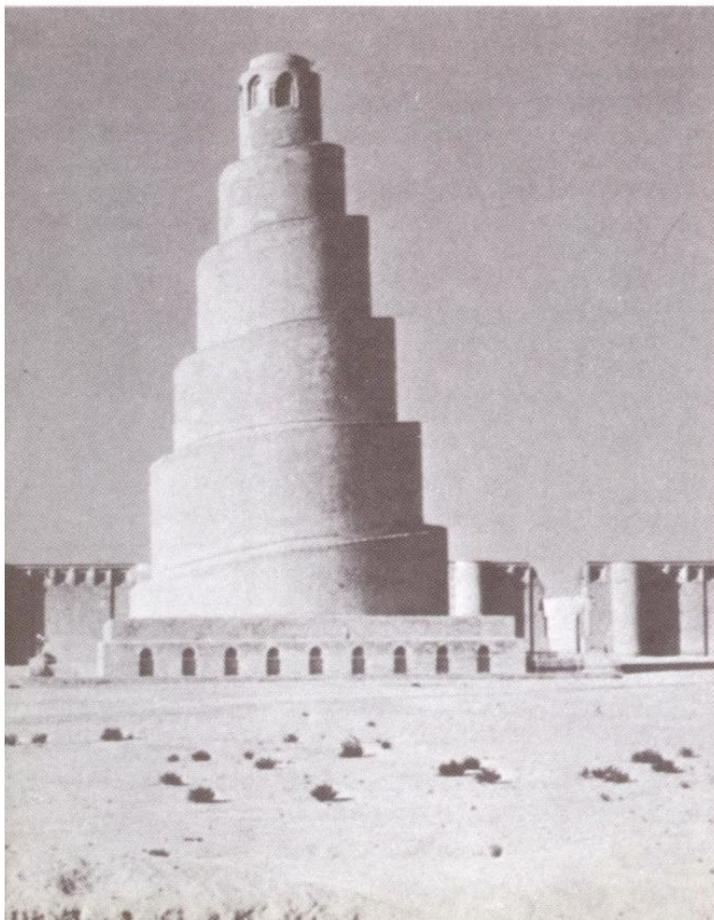
Si el califato de Medina fue un estado árabe centrado en Arabia y el omeya de Damasco, de carácter árabe-sirio, se inclinó hacia el Mediterráneo, el abbasí, emplazado en Iraq e Irán —es decir, de base árabe-iranía, con capitalidad en Bagdad—, tenderá hacia el mundo asiático.

La sede del califato, Medina, se traslada a Damasco como reacción del viejo oriente sedentario contra la dominación de los árabes nómadas. Damasco será una etapa en el curso hacia el centro natural de los viejos imperios: las llanuras mesopotámicas. Los indígenas de la zona no tardarán en sustituir a los árabes-sirios en el gobierno del imperio.

Descendientes del Profeta

El año 750 marca la aparición de la dinastía abbasí y el fin del imperio conquistador de las tribus árabe-sirias que ensancharon, en su momento, el Estado, desde Al-Andalus a la Transoxiana. Los soberanos abbasíes, que descienden, por línea masculina, de la misma familia del Profeta, son por rama femenina de la estirpe de los reyes sasánidas. Pronto dominará en ellos la sangre persa sobre la árabe quraysí. Persas serán sus colaboradores

Alminar de la mezquita de Samarra construida en el siglo IX.



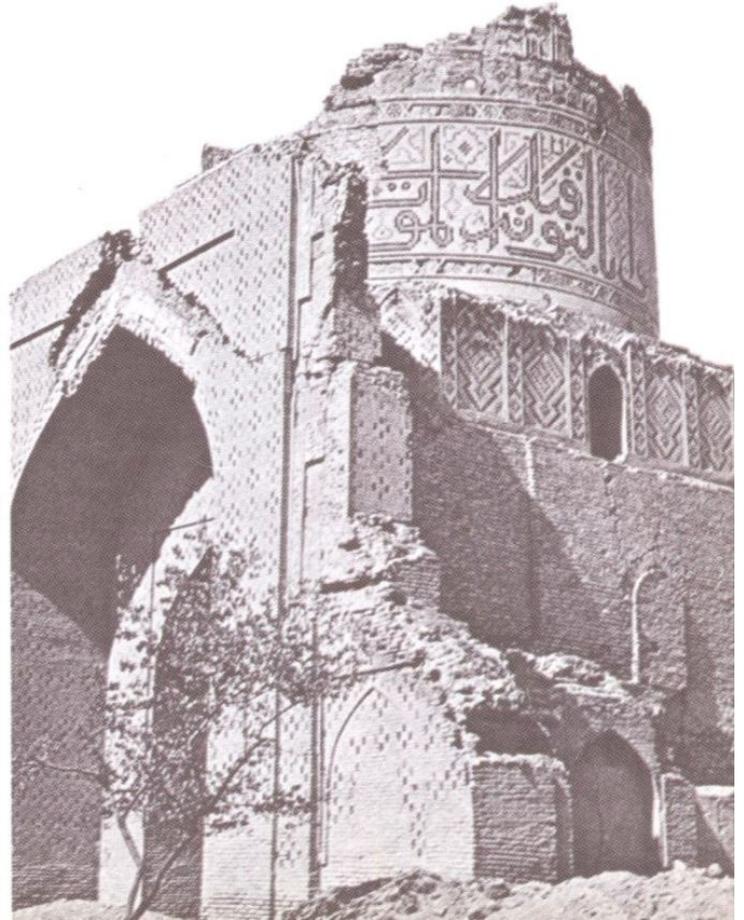
en el gobierno; los célebres primeros ministros barmakíes fueron sospechosos de ser, en el fondo, zoroastras.

Ya durante el gobierno del segundo califa, al-Mansur (754-775) —auténtico fundador de la dinastía—, entran en la administración y en el ejército los *mawali* iraquíes e iraníes, indígenas sometidos al Islam. Con Harun al-Rasid la importancia del elemento indígena crece todavía más. Los persas gobiernan en Bagdad colaborando con los califas descendientes de princesas persas; los soldados del imperio proceden de Oriente, del Jurasan, y ellos son los que defienden al califa de sus numerosos enemigos.

El imperio, a diferencia del omeya, apoyado en Siria y Egipto y vuelto hacia el Mediterráneo, se torna hacia Irán, Persia y Asia en general. Al revés del califa de Medina —presidente itinerante de una república teocrática— y al contrario del de Damasco —rey beduino, jeque supremo y patriarca de las tribus árabes establecidas en Siria, el abbasí es un verdadero monarca asiático, sucesor de los grandes reyes sasánidas.

Los primeros califas de Medina consiguen el poder por procedimientos de elección beduina y el cuarto, por ser yerno del Profeta. Los omeyas, como los grandes jefes beduinos, lo obtienen apoyándose en la fuerza y el beneplácito de las tribus árabes. Los abbasíes, bajo la influencia del medio asiático en que fundan su califato, siguen la tendencia de Alí y sus secuaces, partidarios de conservar el poder y la función califal en la familia de

Ruinas de la mezquita de Bibi-Janyyn, en Samarcanda



Mahoma a través de al-Abbas, antepasado de la familia.

El califa, soberano absoluto, temido y venerado a la vez, goza de un poder de vida y muerte sobre sus súbditos. Como jefe del Estado, sus deberes son los de un padre de familia; como jefe espiritual, es juez supremo en cuestiones religiosas; sus súbditos le deben obediencia y asistencia ciega. Pero el pueblo permanecerá indiferente ante la suerte de su señor. El absolutismo de éste se verá templado por el asesinato.

Al considerarse como una dinastía de origen teocrático, tiene necesidad de regirse por el principio hereditario de la sucesión.

Administración del Estado

El primero y el más espectacular de los cambios llevados a cabo por los abbasíes es trasladar el centro de gravedad de Siria a Iraq. El primer califa, al-Saffah, instala su capital en Hasimiyya, lugar que edifica cerca de Kufa, en la orilla oriental del Eufrates. Después la traslada a al-Anbar. Su sucesor, al-Mansur, auténtico fundador del califato, establece la capital definitiva en una nueva localidad en la orilla occidental del Tigris, en la intersección de numerosas rutas comerciales; su nombre oficial, Madinat al-Salam, es reemplazado por el de la aldea que ocupaba el sitio anteriormente: Bagdad.

A imitación de los antiguos reyes persas, los califas de la nueva dinastía ceden el peso del gobierno a los primeros ministros o visires, que gobiernan con plenos poderes y presiden un consejo llamado *diwan*, del que forman parte los jefes de los distritos y que constituyen verdaderas secretarías o departamentos administrativos:

— *Diwan al-jarach*, especie de Ministerio de Hacienda, tiene a su cargo el erario público.

— *Diwan al-nafaqat*, o de los gastos de palacio.

— *Diwan al-azimma*, con la misión de revisar las cuentas de los demás departamentos.

— *Diwan al-barid*, responsable de las comunicaciones oficiales, de la información secreta, así como del servicio de correos; utilizará incluso palomas mensajeras.

— *Diwan al-jatam* o *al-tawqid*, existente ya en la época omeya, encargado de la correspondencia del califa.

El ejército tiene su propio *diwan*; la guardia califal es el cuerpo regular de tropas establecido en la capital, pagado por el erario con una soldada cinco veces superior a la de un jornalero. El soldado cuida de su equipo y si pertenece a un cuerpo montado el jinete recibe doble paga.

— *El diwan al-surta* es el responsable del mantenimiento del orden; con representantes en las principales poblaciones, sólo en Bagdad tiene a sus órdenes 10.000 policías cuidadosos

del orden y de realizar las rondas nocturnas. El almotacén, competente en cuestiones municipales, vigilancia de mercados, pesas y medidas, prevención de fraudes, urbanismo..., ejerce un trabajo paralelo al del jefe de policía.

— Hubo también, aunque no siempre, un *diwan al-nazar fi-l-mazalim*, especie de tribunal de casación y de cuestiones contencioso-administrativas.

Las funciones judiciales serán confiadas por el califa, juez supremo del imperio, a los cadíes, que él mismo nombra. Estos cadíes administran justicia, en lo civil y en lo criminal, según la ley coránica; en caso de duda pueden consultar a un sabio especializado o ulema; además, desempeñan otras tareas: autorizar matrimonios, ejecución de testamentos, tutela de huérfanos, etcétera.

Cuando se multiplica su trabajo, el cadí recurre a la ayuda de los *adil*, hombres honorables que, de simples testigos, pasan a actuar como notarios asesores. En un Estado en que las funciones, y por ende los funcionarios, cambian tan a menudo de titular, los cadíes tienen el raro privilegio de ser respetados por el poder a causa del carácter religioso y jurídico del cargo.

La administración de las provincias y su división no variará mucho de la bizantina y sasánida, hallada por los omeyas y conservada por ellos. En los buenos tiempos del califato abasí se cuentan hasta veinticuatro provincias, algunas de enorme extensión: En teoría, los gobernadores dependen del visir, que es quien nombra y destituye a los funcionarios, recluta y dirige el ejército, controla la vida del Estado y las relaciones con las provincias. La tendencia general, sin embargo, es a la autonomía e incluso a la independencia, es decir, a menudo son genuinos reyes vasallos con poder soberano en tiempo de guerra. El gobernador, *amir*, es responsable de la administración civil y militar de su provincia y cuenta con la ayuda de un *amil*, que ha de ingresar en el Tesoro del Estado las contribuciones de la provincia.

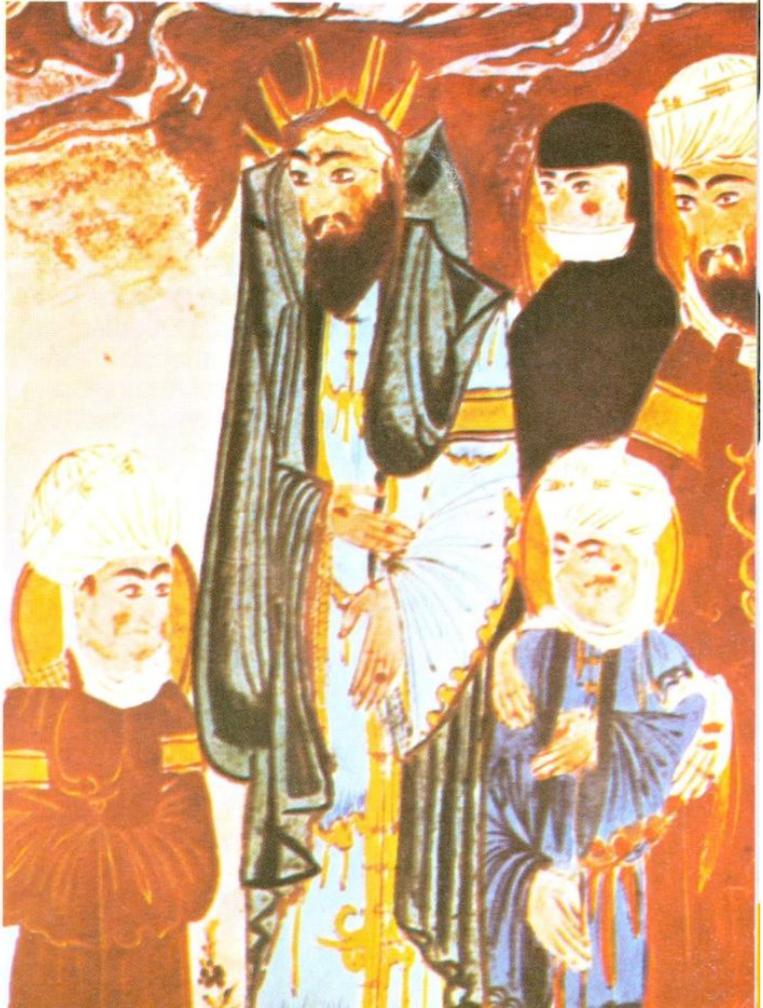
El gran siglo abasí (750-842)

El imperio de los abbasíes de Bagdad durará en Iraq hasta la invasión mongol de 1258, aunque, de hecho, en su integridad territorial, su unidad política y religiosa y su carácter árabe-iranio, no irá más allá del 945. Después de que los mongoles ocupen Bagdad, un abasí tomará el relevo en El Cairo hasta la conquista otomana de 1517. En el transcurso de esta larga historia el califato tiene existencia real hasta mediados del siglo XI —1055—, época en que los turcos selchuquíes intervienen en el mundo musulmán y someten a los califas a su autoridad.

Al examinar los hechos podemos comprobar que el único período en que dirigen personal y



Dirham del califa abasí Harun al-Rashid, 795 (abajo, izquierda). Mahoma con su hija Fátima, su yerno Ali y sus nietos Hassan y Husayn, en un detalle del Atar baqiya de al-Biruni, Biblioteca Nacional, París (abajo, derecha)



directamente los asuntos del imperio, inspirando la política y desempeñando un papel de soberanos en sus extensos dominios, puede situarse entre mediados del siglo VIII y del IX; a partir de entonces el control del Estado pasa a manos de los mercenarios turcos y luego de los visires iraníes, a los que finalmente sustituirán los turcos selchuquíes.

El primero de los califas es Abu-l-Abbas (750-754), autodenominado al-Saffah, el sanguinario, apodo que describe perfectamente los cuatro años de su reinado dedicados a la destrucción de los resistentes omeyas y de los jarichíes y a reorganizar el imperio con la ayuda de sus familiares y amigos, a los que pone al frente de las provincias.

Su hermano y sucesor, Abu Chafar al-Mansur (754-775), es el verdadero fundador del califato abbasí, aunque en el extremo occidental, en Al-Andalus, un príncipe omeya, Abd al-Rahman I, funda un estado independiente y devuelve a la familia su prestigio.

Es al-Mansur quien da al nuevo Estado los fundamentos de su administración respetando la práctica anterior basada en las cancillerías bizantina y sasánida; quien no duda en utilizar a los clientes y libertos para las más altas funciones; quien atrae a su corte a expertos en tradiciones que encastillados hasta entonces en Medina se habían enfrentado a los omeyas; quien ve coronado su ideal teocrático de asegurar en los descendientes de la familia del Profeta la autoridad califal.

Las numerosas revueltas serán ahogadas en sangre, y como las turbulentas ciudades iraquíes no le sirven como residencia, en 762 empieza la construcción de una nueva capital, frente al lugar ocupado por la actual Bagdad, donde en adelante el califa se mostrará no como un jeque de tribu damasceno, sino como sucesor de los grandes monarcas persas con ceremonial y lujo realmente asiáticos.

Su sucesor, al-Mahdi (775-786), es un príncipe amante del lujo, de las artes y de las letras. La paz se verá turbada solamente por las sectas heterodoxas persas, movidas más por el nacionalismo que por el ideario religioso. Al-Mahdi se dedicará a fomentar la prosperidad del Estado.

Después del breve reinado de al-Hadi, asesinado en 786, sube al trono Harun al-Rasid (786-809), el más conocido en Occidente de toda la dinastía. La leyenda se ha ocupado de él y aparece en numerosos cuentos, como en *Las mil y una noches*. Debe su fama en Occidente a sus relaciones con la emperatriz bizantina Irene y con Carlomagno. Fue el iniciador de la escisión del imperio al conceder a los gobernadores aglabíes, de Ifriqiya, una autonomía próxima a la independencia. En 803 se deshace de la familia de los barmakíes que habían actuado como acreditados primeros ministros desde 750 y a quienes los califas debían parte de la grandesa de sus reinados.

Entre 809 y 813 tiene lugar una real querrela dinástica y una dura guerra civil atizada por la constante rivalidad entre árabes y persas. A la muerte de Harun la unidad es aparente y dos de sus hijos, al-Amin y al-Mamun, amenazan con dividir el imperio en dos, de acuerdo con la parte encomendada a cada uno, a pesar de que el primero había heredado el título califal. Después de una lucha fratricida y del triunfo de al-Mamun, los soldados se convierten en los amos de la situación; serán los jefes militares quienes ofrezcan el trono al mejor postor y la guardia turca se adueña del gobierno.

Con al-Mutasim (833-842) los síntomas de decadencia son cada vez mayores: inseguridad, rebeliones, corrupción, divisiones en el seno de la ortodoxia sunní, etcétera. Bagdad, expuesta a los desafueros de la soldadesca, será sustituida temporalmente por Samarra. Es la ruina del califato; exhausto el erario, no podrán pagarse los atrasos a los soldados turcos, cuyos jefes se alzan con el poder efectivo entre continuas disputas.

Ruina y división del Califato (842-1055)

Con la muerte de al-Mutasim se acaba el gran siglo abbasí. Durante los dos siglos siguientes la autoridad califal será cada vez más débil y desaparecerá por completo cuando el eunuco Munis, jefe de la guardia turca, consiga de al-Muqtadir (908-932) el título de *amir al-umara*. Munis prescinde de los visires, eclipsa al califa y se convierte en el verdadero jefe del Estado, ejerciendo una dictadura real; al-Qahir (932-4), cruel y avaro, terminará engañándole y haciéndole perecer, y el soberano acabará cegado, depuesto y encarcelado.

De al-Radi (934-40), juguete en manos de los visires, se dice que fue el último califa que dirigió la palabra al pueblo en la mezquita durante la plegaria de los viernes; los desórdenes y la falta de numerario eran tan llamativos que al gobernador de Wasit y Basra, Ibn Raiq, le nombró *amir al-umara* y le elevó a jefe supremo del ejército y de la administración. Este, a su llegada a Bagdad, suprimió el cargo de visir, asumió sus funciones y confió a sus secretarios la administración de la Hacienda centralizando todos los poderes en sus manos de soberano indiscutible.

La constitución de este supremo emirato consagró definitivamente la ruina total del califato bagdadí. La historia de sus soberanos es el relato de revoluciones palaciegas, golpes de Estado, contragolpes, destituciones y encarcelamientos, saqueos y luchas entre sunníes y xiíes (buwayhíes). Bajo el reinado de al-Qaim (1031-1075), los turcos selchuquíes suplantaron a los buwayhíes en su situación junto al califa. En 1055 Tugril beg entra en Bagdad y recibe, como nuevo amo, el título de sultán, que conservan sus sucesores. Con él se inicia un nuevo período de la historia del Islam.

Los fatimíes

Por Mercedes García Arenal

Colaboradora científica del CSIC. Madrid

EL acontecimiento capital de la Alta Edad Media magrebí, que transforma el mundo musulmán, es la fundación del imperio de los fatimíes. Toman éstos su nombre de Fátima, hija del profeta Mahoma y esposa de Alí, cuarto califa del Islam, muerto en 661. Pertenecen a la Xiía, es decir, al Partido, y, según su doctrina, los descendientes de Alí, únicos descendientes de Mahoma, tienen por derecho divino título hereditario y exclusivo al califato.

Bajo los omeyas, en los siglos VII y VIII, los miembros de la Xiía o xiíes son un grupo de oposición política igual que los abbasíes (que acabarán derrocando a aquéllos) y los jarichíes. Para éstos, al contrario de los xiíes, cualquier musulmán, incluso un esclavo elegido por la comunidad, tiene derecho al califato.

Al adquirir el Islam su forma legal y teológica bajo la dinastía abbasí, la Xiía se convierte en la principal secta religiosa de las apartadas de la ortodoxia sunní, mayoritaria entre los musulmanes.

Pero en aquel tiempo la Xiía se hallaba dividida: Ismail, séptimo *imán* o jefe de comunidad, en línea descendiente de Alí, fue repudiado por numerosos xiíes y sólo aceptado por unos pocos, los ismailíes, que sobrevivieron hasta hoy como seguidores del Aga Khan y para quienes Ismail no había muerto, sino que permanecía oculto y *dormido*, a la espera de volver como Mahdí o Mesías —encarnación de Dios en la tierra— a dirigir a sus fieles e implantar la justicia.

Los fatimíes pertenecían a esta rama de la Xiía. En el contexto del siglo IX, era una doctrina de revolución política y agitación social, designada a convocar a todos los musulmanes contra la dinastía califal reinante, los abbasíes. A fines de ese siglo, los ismailíes, actuando en secreto, emprendieron una campaña de agitación y propaganda en el Oriente Medio: en

diversos puntos del orbe musulmán, una red de misioneros y agentes (*dai*, plural *duat*) anunciaba la llegada del mahdí, encarnado en la persona de Ubayd Allah.

Uno de estos misioneros, Abu Abd Allah, se trasladó a Occidente y se instaló en el año 894 en Ifriqiya (Túnez y la región oriental de la moderna Argelia), donde comenzó a predicar a los kutama, una tribu beréber situada al sureste de Bugía, en la zona conocida en la actualidad como Pequeña Kabilia.

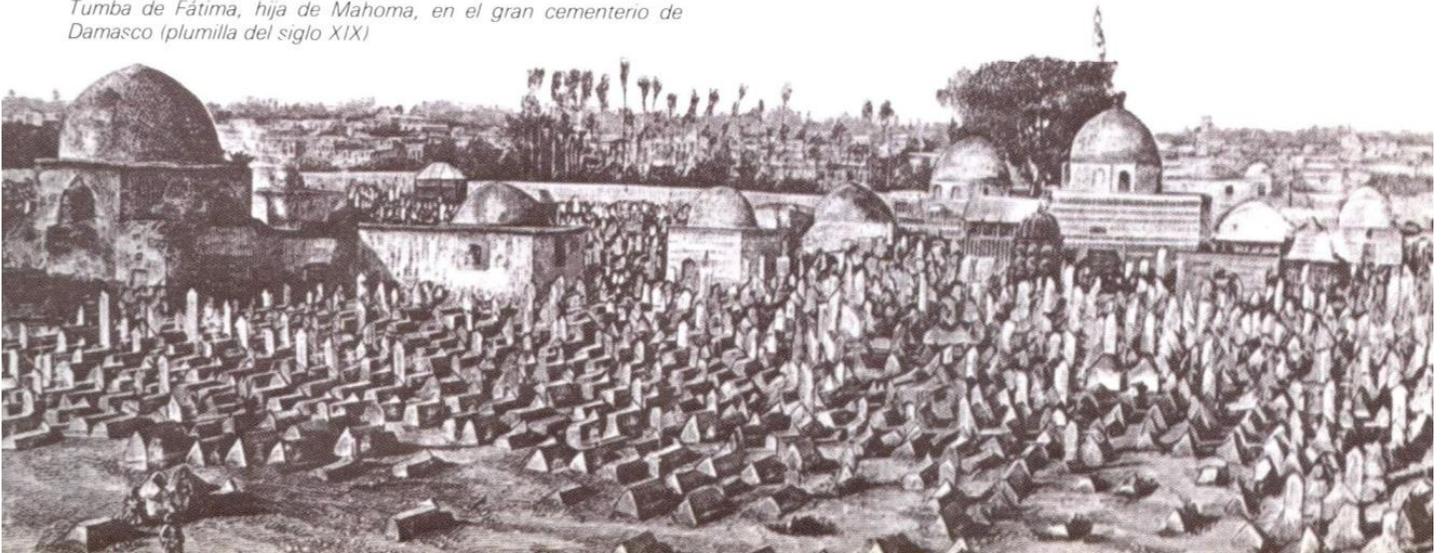
Mientras tanto, en el Occidente musulmán, fuera del dominio abbasí, a mediados del siglo VIII, un omeya llamado Abd al-Rahman escapaba de la matanza que había acabado con su familia y se hacía reconocer emir por el conjunto de los árabo-beréberes de España. Poco después, los jarichíes fundaban una serie de pequeños principados independientes en Sichilmasa, Tremecén y Tiaret. Por último, el jerife Idris (descendiente de la familia de Mahoma, cuya adhesión a la ortodoxia no está claramente establecida) fundaba Fez y ponía bajo su mando al norte de Marruecos.

Un Estado

El califato abbasí sólo encontró una forma de reaccionar y de poner freno a estos hechos: dentro del marco de reorganización de las fronteras del imperio emprendida por Harun al-Rasid, crear Ifriqiya como dominio autónomo en beneficio de Ibn Aglab, uno de sus vasallos. Ifriqiya era entonces la región más arabizada e islamizada del Magreb y representaba, a pesar de la autonomía de la dinastía aglabí, la zona de contacto con Oriente y el principio de teórica fidelidad al califato.

La predicación de Abu Abd Allah obtuvo gran éxito entre los kutama y organizó a éstos en ejército, con el que acometió las fortalezas fronterizas aglabíes. Los kutama no eran xiíes

Tumba de Fátima, hija de Mahoma, en el gran cementerio de Damasco (plumilla del siglo XIX)



(doctrina esta ajena, hasta la fecha, al Magreb), mas sí adversarios de los aglabíes y se sintieron atraídos por la idea de un régimen del que serían la fuerza militar.

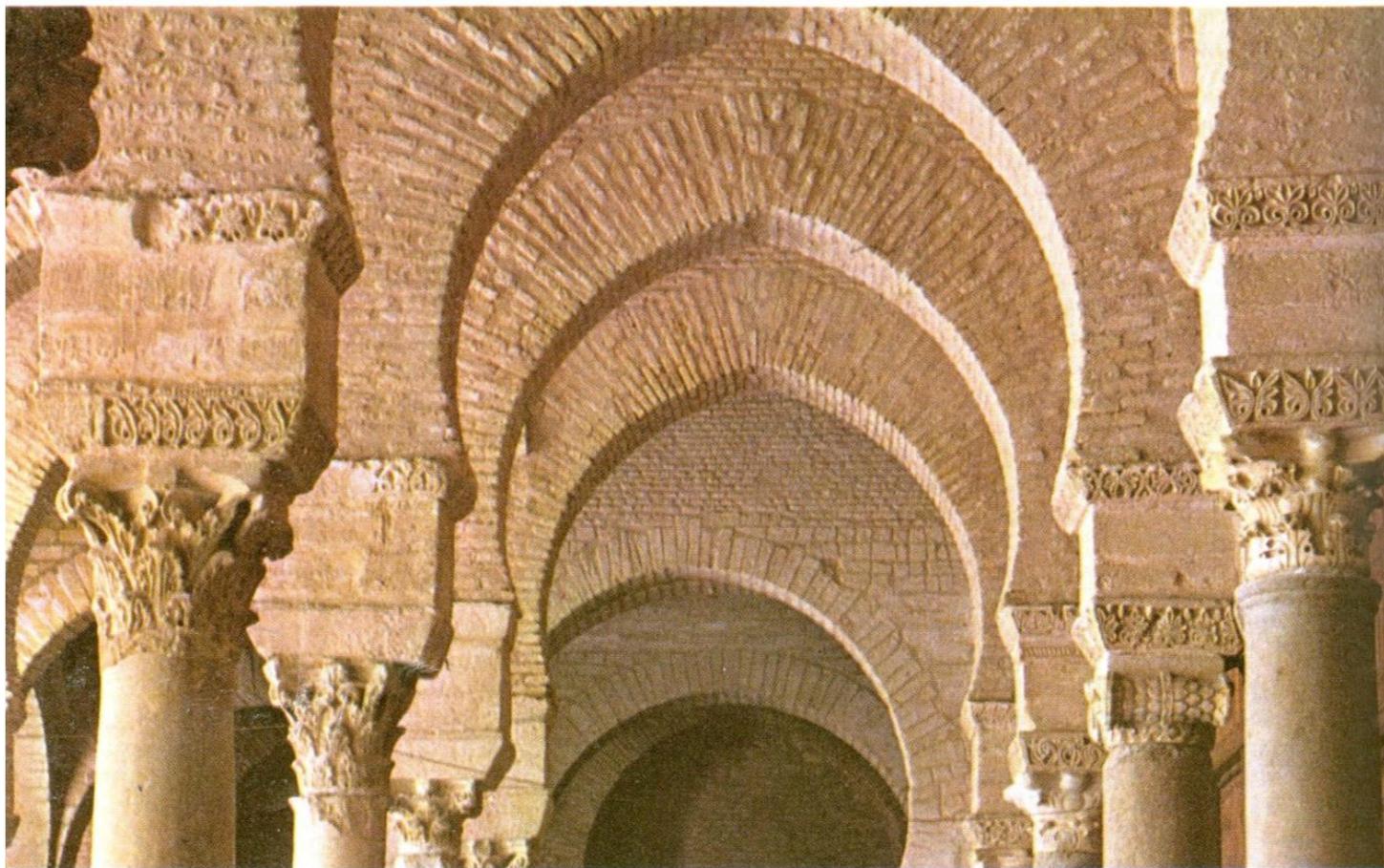
El anuncio de una serie de medidas de liberación fiscal proporcionó a Abu Abd Allah no pocos partidarios en el interior del territorio aglabí. Sus campañas, en franco éxito, se vieron coronadas en 909 con la toma de Qairawan, la capital aglabí, y con la marcha al exilio del último gobernante de la dinastía.

Al año siguiente, el mahdi Ubayd Allah fue

traído a Qairawan en circunstancias mal conocidas y proclamado emir de los musulmanes, esto es, califa. El hecho era importante: con el nombramiento, Ubayd Allah planteaba sus aspiraciones ecuménicas e imperialistas y su desafío global a los abbasíes, al tiempo que destruía por primera vez en la historia uno de los principios básicos de la teoría política islámica, el de la unidad del califato.

Los omeyyas españoles no se habían atrevido hasta la fecha a dar un paso semejante. Pero, a imitación de Ubayd Allah, Abd al-Rahman III

Arquerías del patio de la gran mezquita de Qairawan, siglo IX, Túnez (arriba). Tumbas de los primeros conquistadores árabes a las puertas de la mezquita de Qairawan, Túnez (abajo)



se proclamó califa en Córdoba en el año 929.

Por cuestiones de autoridad, Ubayd Allah no tardó en mandar asesinar a Abu Abd Allah, con lo que quedó dueño absoluto de un estado que comprendía Ifriqiya y el Magreb central. Aspiraba a poseer, sin embargo, todo el imperio musulmán, por lo que desde el primer momento su régimen se enfrentó, por un lado, a la necesidad de crear una fuerza financiera y militar que le permitiera cuanto antes la conquista de Oriente y, por otro, al imperativo de reforzar suficientemente su posición en el

Magreb, de tal forma que Ifriqiya le sirviera de base en sus operaciones bélicas. Particular importancia concedió a la creación de una poderosa armada. Y como símbolo de esta importancia y de su vocación oriental, fundó una nueva capital, Mahdiyya, la ciudad del Mahdi, en la costa este de Ifriqiya, de cara a Egipto.

Lucha entre califas

Pero los fatimíes se verían obligados a permanecer sesenta años en el Magreb. Ni la or-

Puerta principal de la mezquita de Qairawan, Túnez



ganización de una fuerza militar suficientemente poderosa ni, sobre todo, el afianzamiento del régimen en el Magreb se consiguieron con la necesaria premura.

Las primeras campañas contra Alejandría fracasaron. Y respecto a Occidente, los fatimíes conquistaron Tahart durante el reinado de Ubayd Allah y extendieron su imperio hasta Sichilmasa, en los confines del Sahara. Parece ser que también se proponían la conquista de la España musulmana y de hecho realizaron una serie de operaciones contra Almería, a las que replicaron los omeyas con expediciones contra Susa, en la costa de Ifriqiya.

Ante la amenaza fatimí, los omeyas intentaron impedir la conquista de Marruecos organizando a los zanata —tribus beréberes situadas al oeste de Argelia— en torno a Tremecén, en una confederación que sirviera de freno al avance fatimí. Los fatimíes, a su vez, hicieron lo propio con las tribus sanhacha, a las que pertenecían los kutama, parte integrante de su ejército. Con ello, el Magreb central se convirtió en campo de batalla para los dos califas del Occidente musulmán.

La conquista fatimí de Tahart y Sichilmasa había revestido particular importancia al ser estas dos ciudades los polos del comercio sahariano y muy valiosas, por tanto, para los fatimíes desde el punto de vista económico y fiscal. A su vez, los omeyas de España dependían de las riquezas mineras del Occidente magrebí y, sobre todo, del oro sahariano, con el que se acuñaba moneda en Sichilmasa, Agmat y Fez, moneda que llegaba a Andalucía a través de Ceuta y Tremecén.

Los omeyas, pues, tenían un interés vital en defender este tráfico frente a los fatimíes y esta es la causa principal de su alianza con los idrisíes de Fez y las tribus zanata. La mayoría del ejército fatimí eran sanhachas, pero no debe reducirse por ello el problema a un arreglo de cuentas entre confederaciones tribales enemigas. Lo que estaba en juego era el control de las principales rutas comerciales.

El resultado de estas largas luchas fue la decadencia y el debilitamiento demográfico del Magreb central en favor del occidental (al que emigraron la mayor parte de sus habitantes) y del oriental adonde fue a parar el grueso del comercio sahariano).

En el aspecto religioso, los fatimíes no supusieron una revolución para el norte de África. El sunnismo estaba demasiado arraigado y no era posible eliminarlo de golpe en favor de la doctrina ismailí. No hubo intentos de conversión en masa ni persecuciones. Solo eran ismailíes los altos administrativos que rodeaban al soberano y gran parte de las clases dirigentes. Doctrinalmente, el ismailismo admitía una jerarquía en el curso de la iniciación, por lo que no se planteaban la conversión total de sus súbditos.

Tampoco hubo revolución en el orden social.

El clan beréber vencedor obtuvo beneficios evidentes, pero el régimen fiscal, lejos de dulcificarse conforme a las promesas iniciales, se endureció progresivamente para atender las necesidades de una política agresiva y expansionista.

Tanto la política sectaria como el endurecimiento fiscal provocaron revueltas —auténticas rebeliones armadas a veces—, canalizadas en ocasiones por los alfaquíes y partidarios de la ortodoxia y en otras por los beneficiarios del gran comercio caravanero que ahora había quedado en manos del ejército fatimí.

La más peligrosa de estas revueltas fue dirigida por un jarichí, Abu Yazid, conocido por *el hombre del asno*, por ser ese el medio de locomoción que empleaba en sus viajes y predicaciones. La rebelión de Abu Yazid estalló en el Aurés hacia 935 y estuvo a punto de dar al traste con la dinastía. Tras conquistar Túnez y Qairawan, Abu Yazid sitió al segundo califa fatimí, al-Qaim, en Mahdiyya en 947. Pero en el último momento, Ziri, un jefe sanhacha, salvó la ciudad.

Fundación de Egipto

Aplastada la rebelión, el nuevo califa fatimí, el tercero, tomó el nombre de al-Mansur, *el vencedor*, y para dejar constancia de su victoria abandonó Mahdiyya y pasó a residir en un nuevo palacio-fortaleza que construyó a las afueras de Qairawan, llamado Mansuriyya o ciudad de al-Mansur.

Pacificada Ifriqiya y notablemente enriquecida por el florecimiento del comercio y el desvío del tráfico de caravanas en su favor, al-Muizz, cuarto califa fatimí, pudo dedicar los veinte años siguientes a preparar concienzudamente la conquista de Egipto, que en 969 llevó a cabo su general Chawhar. Este fundó una nueva ciudad-fortaleza al norte de Fustat, la antigua capital árabe de Egipto, a la que llamó al-Qahira (*la victoriosa*, El Cairo) y en la que puso las primeras piedras de su famosa mezquita al-Azhar. Chawhar extendió su conquista hasta Siria, incluyendo Damasco.

En 972, al-Muizz abandonó Qairawan para instalar su gobierno en la nueva ciudad de El Cairo. Reinaba en un imperio que se extendía de Fez y Sichilmasa por el oeste hasta el norte de Siria por el este. El Cairo se convirtió rápidamente en una gran ciudad y sucedió a Bagdad como metrópoli de Oriente y, prácticamente, como capital del mundo musulmán.

Al-Muizz había dejado a la cabeza del gobierno en Ifriqiya a un vasallo, Buluqqin, hijo de Ziri, el que aplastó la rebelión de Abu Yazid. Tanto él como sus sucesores, durante dos siglos no volvieron a salir de Egipto. A partir de su reinado, la Fatimí se convierte en una dinastía propiamente egipcia, aunque los

diferentes miembros de la misma persistieron en su ideal imperial y en su propósito de extender el ismailismo por todo el orbe islámico.

Durante más de un siglo, desde la fundación de El Cairo, la mayoría de las actividades fatimíes persiguieron este objetivo o estuvieron muy estrechamente vinculadas a él. Unas veces por medio de la guerra y otras por la diplomacia, intentaron extenderse por Siria, Península Arábiga e incluso Iraq. Recurrieron además a una vasta y compleja organización de agentes y misioneros que extendía su red desde El Cairo por los dominios abbasíes.

Junto a esta actividad misionera, hay que anotar una gran expansión comercial (característica en este primer siglo de los fatimíes en Egipto) y una hábil política económica orientada a desviar el comercio marítimo con Asia del golfo Pérsico al mar Rojo, con el doble fin de enriquecer los dominios fatimíes y de debilitar al Iraq abbasí. Siguiendo esta política, se

establecieron en Yemen y enviaron misioneros a India y Afganistán.

Hay que hablar además de un sistema de enseñanza oficial, una doctrina de estado que implicaba, entre otras cosas, la inspiración divina de los gobernantes; para enseñarla y difundirla, los fatimíes fundaron unas escuelas verdaderos embriones de universidades, llamadas *madras*.

Apogeo y declive

Toda esta actividad política y religiosa se sustentaba, evidentemente, en un fuerte armazón institucional y en una administración vasta, organizada y muy eficaz. Ibn Qillis, el famoso visir de al-Muizz, sentó las bases de la misma y abolió los impuestos agrícolas, regulando el fisco de forma muy provechosa para Egipto. Por otra parte, el fasto de la corte y del palacio cairotas recuerdan fácilmente a Bizancio y superan la pompa de Bagdad.

En este primer siglo de gobierno fatimí en Egipto no sólo llega a su punto culminante la dinastía, sino que se logra la cota más alta de progreso del Egipto medieval. La organización administrativa y financiera, el desarrollo económico, en su doble vertiente industrial y comercial, y el florecer intelectual y artístico hacen de la época fatimí una de las más apasionantes de la historia del Egipto musulmán.

La extensa red comercial, tanto con Europa (Sicilia, España musulmana y, sobre todo, Amalfi y Pisa) como con la India supone importantes contactos culturales y una actitud



*Torre y almenas
del ribat de Sousse,
siglo VIII, Túnez*

cordial hacia cristianos y judíos, sean extranjeros o súbditos propios. Esta actitud llevará a los adversarios de los ismailíes a acusarles de una especie de interconfesionalismo que vendría autorizado por su doctrina, según la cual todas las religiones son una forma esotérica y, por tanto, admisible del verdadero conocimiento de Dios.

La acusación resultaba falsa: aunque heterodoxos, los fatimíes eran plenamente musulmanes; pero no del todo seguros de sus súbditos musulmanes (que tanto en el norte de África como en Egipto eran en su mayoría ortodoxos), prefirieron poner su administración y organización comercial y financiera en manos de judíos y cristianos.

Esta atmósfera se rompió bruscamente en el reinado de al-Hakim (996-1021), que constituye el principio del declinar de la dinastía. Desde que empezó su reinado, al-Hakim dio muestras de trastorno y pronto se le apodó de *loco*: tomó exageradas medidas de purificación de costumbres (prohibición de salir de casa a las mujeres, confeccionar calzado femenino y salidas nocturnas a los hombres bajo pena de muerte); persiguió a cristianos y judíos confiscando sus bienes y destruyendo sus sinagogas e iglesias (como la del Santo Sepulcro de Jerusalén, hecho que durante más de un siglo alimentaría la propaganda de las cruzadas en Europa) y, por último, intentó imponer la doctrina de que él encarnaba el Intelecto Divino, la más alta manifestación de Dios.

Una tarde, al-Hakim salió de su palacio y ya no regresó. No pudieron elucidarse las circunstancias de su muerte, aunque se la supone instigada por su hermana y sucesora como regente, Sitt al-Muik. Los califas posteriores tornaron a la política moderada típica de la dinastía, pero ya ésta arrastraba los síntomas que habrían de conducirla al fin.

Los tres primeros califas de Egipto, al-Muizz, al-Aziz y el mismo al-Hakim habían conservado el control del gobierno. Pero con este último la autoridad califal se quebró y surgieron facciones militares con significación y poder político. Las luchas de estas facciones y su control sobre el califa llevarían a la dinastía a la ruina. Lo mismo había sucedido con los abasíes. Y esto se alió al declinar del comercio y a un período de sequías, del año 1023 al 1026, que provocaron hambre y miseria en Egipto, hasta el punto de que en 1054 el califa se vio obligado a recurrir al emperador bizantino para que le enviara alimentos; el rey de taifa español Muyanid de Denia, aportó igualmente un barco cargado de trigo.

Autocracia militar

Desde 1058, el poder está en manos del ejército y los califas son meras marionetas sin

capacidad de actuación. En el norte de África los ziríes se independizan con la rica Ifriqiya y los turcos selchuq o silchuqies invaden Siria, país que nunca habían conseguido dominar los fatimíes y por lo que no pudieron hacerse con el resto del imperio abasí.

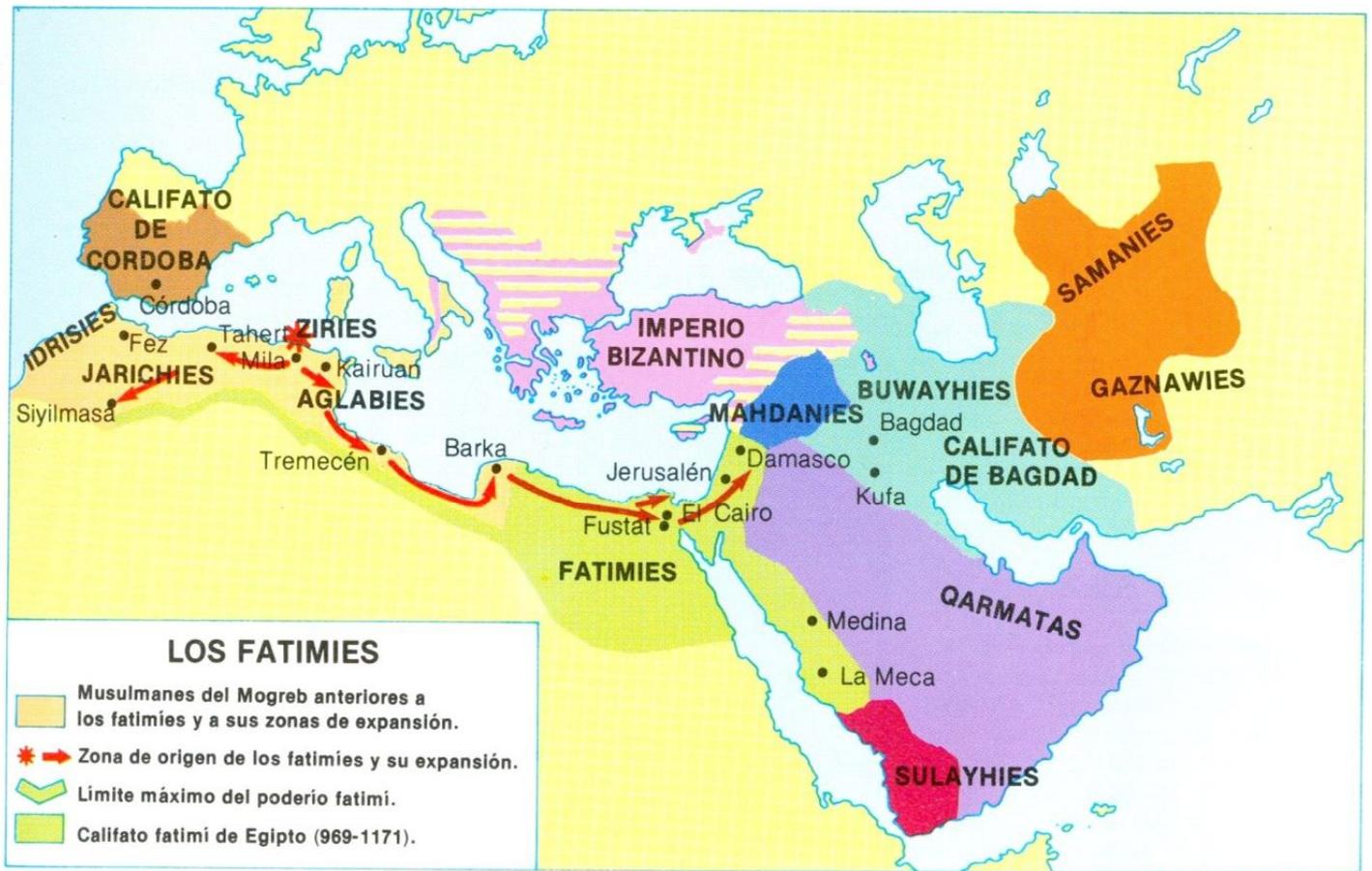
Los selchuq hubieron de enfrentarse a las primeras cruzadas, con lo que concedieron unos años de respiro a la moribunda dinastía fatimí. El final, sin embargo, llegó en 1073; el califa fatimí envió un mensaje secreto a Badr al-Chamali, gobernador de Acre, para que le librase de la facción militar de turno. Badr, con su guardia armenia, entró en El Cairo en enero de 1074, se hizo con el poder y gobernó Egipto, instaurando una autocracia militar que heredarían sus hijos.

Los califas fatimíes seguían, teóricamente, bajo su tutela. Pero había concluido su imperio. En adelante vivieron controlados por diversos visires militares, en un clima de intrigas entre las diversas facciones que llamaban en su ayuda a potencias extranjeras y en un desorden creciente que motivó, a mediados del siglo XI, la intervención de los francos de Jerusalén.

Egipto era un bocado demasiado sustancioso para abandonarlo a los cruzados. Por ello, Nur al-Din, el soberano independiente de Alepo, que estaba reuniendo en su mano a la Siria musulmana en contra de los francos, envió a Egipto un poderoso ejército de turcos y kurdos, cuyo general murió en el curso de los acontecimientos. Ocupó su lugar Salah al-Din ibn Ayub, nuestro Saladino, que fue nombrado visir del califa fatimí.

Dos años después, en 1171, a pesar de las revueltas del ejército fatimí y de las tentativas franco-bizantinas, Saladino, que se haría muy popular en Occidente por su papel en la tercera cruzada, enfrentado a Felipe Augusto y a Ricardo Corazón de León, se hacía con el poder absoluto y abolía el califato fatimí, restituyendo a Egipto al Islam ortodoxo o sunní, al cual nunca habían dejado de pertenecer, por otra parte, sus habitantes.

La historia del período fatimí es, por tanto, una de las más apasionantes de la Edad Media musulmana. La dinastía, nacida de un movimiento ideológico procedente del xiísmo, desarrollado con una amplitud hasta entonces desconocida, dominó durante dos siglos la historia del Mediterráneo sur y oriental, llevando a Ifriqiya y a Egipto a su apogeo en cuanto a organización financiera y administrativa, desarrollo económico y comercial y florecer intelectual y artístico. Conoció también épocas de gran miseria y de sangrientas luchas internas entre facciones militares. Su historia está llena de contrastes y tanto su grandeza como su decadencia conceden a la dinastía fatimí un lugar destacado.



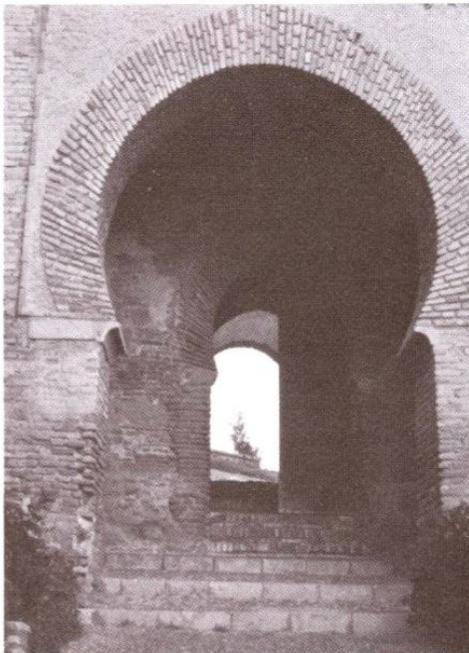
Dinar fatimí de al-Muizz, 968 (centro, izquierda). Dirham de Sáladino, 1190 (abajo, izquierda). Puerta de Bab Zuweila, El Cairo, siglo XII (abajo, derecha)



Los taifas españoles

Por Camilo Alvarez de Morales

Colaborador científico del C.S.I.C. Granada



Puerta de la alcazaba de Almería

A BOLIDO el califato en el año 1031, Al-Andalus comienza otra etapa de su historia. Al derrumbarse, el imperio de la Córdoba omeya se fragmenta en numerosos estados independientes regidos por reyezuelos árabes, príncipes beréberes y esclavos palatinos. Son los llamados *reinos taifas*, dando a la voz árabe *taifa* el sentido de *bandería*. Etapa particularmente conflictiva y compleja, marcada por la debilidad política de sus gobernantes en contraste con un auge cultural que hará de este signo uno de los más brillantes en la historia de las letras hispanomusulmanas.

La desaparición del poder central de Córdoba había estado precedida por enfrentamientos entre los grupos rivales de los beréberes mercenarios que nutrían el ejército, por una parte, y los árabes hispanos y los eslavos, por otra. Este enfrentamiento, latente desde hacía algún tiempo, estalló abiertamente tras la desaparición de Almanzor, dando lugar a la llamada *fitna* o revolución que entre 1009 y 1031 azotó a la capital y, consecuentemente, a toda Al-Andalus.

En este período particularmente agitado y denso, desfilan por el trono una serie de califas que, en su breve reinado, apenas tienen tiempo para otra cosa que no sea perseguir sangrientamente a los enemigos y que, desde luego, ni gobiernan ni controlan el país. Ante la caótica situación, una familia árabe, la de los

Banu Chahwar, decide poner fin a aquel estado de cosas suprimiendo el califato y proclamando en la capital una especie de república.

Hubo un intento de restauración por parte de un grupo árabe-eslavo, encabezado por el gobernador de Sevilla, que aprovechó la existencia en Calatrava de un esterero de enorme parecido físico con el difunto califa Hicham II, para aducir que se trataba del mismo Hicham, huido y refugiado en aquella localidad. Esgrimiéndolo como bandera legitimista, se pretendió colocarlo en el trono, pero la ficción fue descubierta y la operación fracasó. Rendidos a la evidencia de los hechos, las provincias siguieron el ejemplo de Córdoba y se rigieron por sí mismas. En los primeros momentos, unas copiaron el modelo cordobés de elegir una asamblea rectora; otras fueron directamente gobernadas por los antiguos gobernadores. En cualquier caso, pronto todas se declararon independientes y sus gobernantes tomaron título real, adornado con rimbombantes sobrenombres.

Mapa de taifas

Los reinos taifas, numerosísimos en los primeros años, suelen clasificarse, de acuerdo con el origen étnico de sus gobernantes, en beréberes, árabes y eslavos. Los primeros se

establecieron fundamentalmente en la franja sur de la Península, siendo sus enclaves *Granada*, bajo los ziríes; *Málaga* y *Algeciras*, bajo los hammudíes; *Carmona*, en poder de los birzalíes; *Ronda*, con los Banú Ifran; *Morón*, con los Banú Dammar, y *Arcos*, bajo los Banú Jizrún, todos ellos situados en Andalucía; ocupando la región de Extremadura, el reino de *Badajoz*, gobernado por los afatasíes. Fuera de esta zona sureña, *Toledo*, importantísimo por el papel jugado en la historia de este momento, dominaba la actual Castilla la Nueva, bajo la familia de los Banú dil-Nun, y *Albarracín*, cabalgando entre Levante y Aragón, regido por los Banú Razín.

Los taifas árabes también se situaban mayoritariamente en la región andaluza. A ellos pertenecían *Córdoba*, con una extensión que apenas rebasaba el territorio de la ciudad, y la actual provincia, gobernada por los Banú Chahwar; *Sevilla*, que en poco tiempo había de convertirse en el principal reino de la Península, regida por los abbadíes; *Huelva*, con los bakríes; *Niebla*, con los Banú Yahya o Banú Yahsub; *Silves*, con los Banú Muzain, y *Santa María de Algarve*, bajo los Banú Harún. Además el importante reino de Zaragoza, gobernado por los tuchibíes; el de *Tudela* y *Lérida*, con los Banú Hud, y el de *Alpuente*, con los Banú Qasim.

Por último, los taifas eslavos ocuparon todo el sureste peninsular y la zona levantina. Fueron los de *Almería*, gobernado por los libertos Jayrán y Zuhair; *Denia* y las *Baleares*, al frente del cual figuraba Muchahid, calificado como el primer pirata de su tiempo, y *Valencia*, muy pronto regida por miembros de la familia de Almanzor.

Este primer esquema duraría muy poco. Casi a raíz de su creación los reinos taifas iban a enzarzarse en luchas intestinas, en el curso de las cuales los reinos más débiles serían suprimidos y absorbidos por los más fuertes.

En Andalucía, la región más fragmentada, Sevilla englobó entre 1050 y 1078 los territorios de Córdoba, Algeciras, Carmona, Ronda, Morón, Arcos, Huelva, Niebla, Silves, Santa María del Algarve y Murcia. Granada se apropió del reino de Málaga en 1057.

En la zona aragonesa-levantina, Zaragoza se hacía con el dominio de Denia y sus tierras en 1076 y Valencia se adueñaba, por algún tiempo, de Almería, zona que luego perdería quedando el sureste convertido en un territorio de confusa situación política que rozaba la semianarquía.

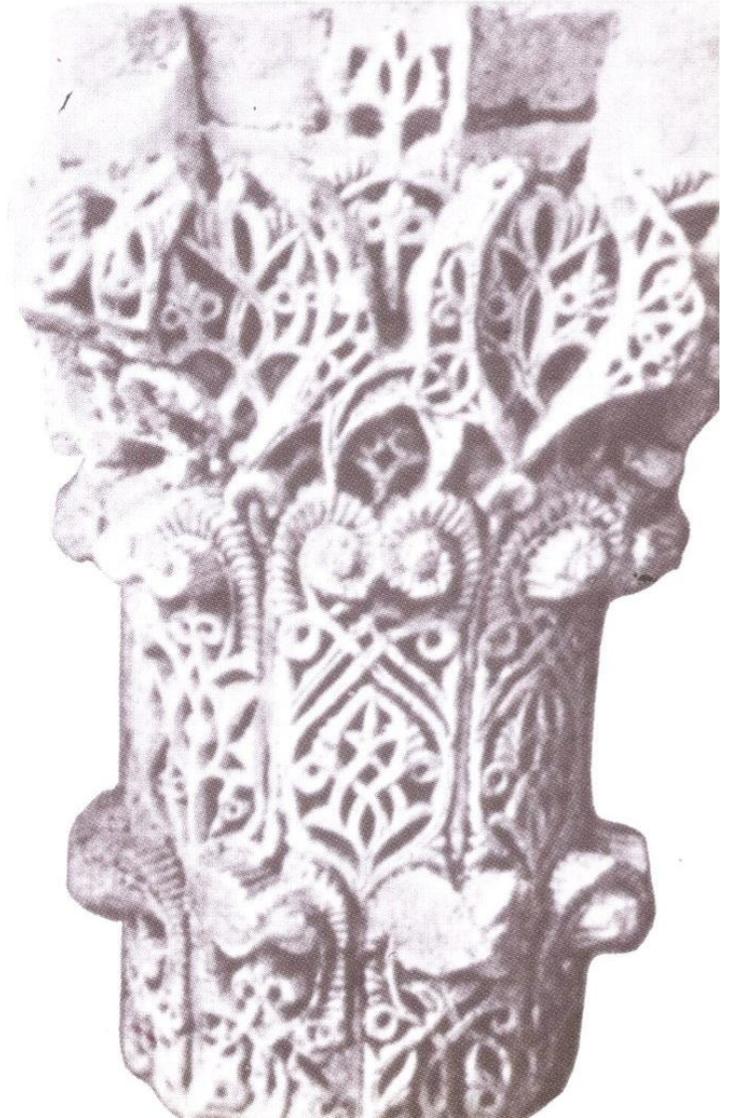
De este modo, el número de reinos se redujo considerablemente y Al-Andalus configuraba ya su mapa definitivo hasta 1091. El territorio de la España musulmana se repartía entre las familias árabes de Sevilla y Zaragoza, las beréberes de Granada, Badajoz, Toledo y Albarracín y la de los descendientes de Almanzor en Valencia.

Presión cristiana

El reino de Sevilla, cuyos soberanos más representativos fueron Almutadid y, sobre todo, su hijo Almutamid, ostentó la supremacía política y cultural de los taifas y simbolizó el ideal árabe-hispano frente a lo beréber-africano. La historia política del reino sevillano fue la de sus luchas casi constantes con los cristianos y con los taifas limítrofes, es decir, con los de Badajoz, Granada y Toledo, todos ellos beréberes. En estas luchas mandaban las circunstancias del momento. De ahí que no fueran infrecuentes sus alianzas momentáneas con Alfonso VI de Castilla frente a los beréberes, lo que el castellano, hábil político, aprovecharía para imponer sus parias y proceder a una lenta e inexorable asfixia del reino de Sevilla.

Los otros reinos del sur, Badajoz y Granada, se veían enfrentados a problemas similares. Los extremeños sufrían más duramente el acoso de Castilla, que desde tiempos de Fernando I había comenzado a oprimirlos con la doble presión territorial y de pago de parias. Granada, por su parte, junto a luchas con reinos rivales, vivía una existencia dura, en

Capitel procedente de la Aljafería de Zaragoza





G. Lorente



Lápida sepulcral del rey Sapor de Badajoz

Alcazaba de Almería

Murallas de la alcazaba de Mérida

Arquerías del patio de Santa Isabel de la Aljazeera, Zaragoza, siglo XI

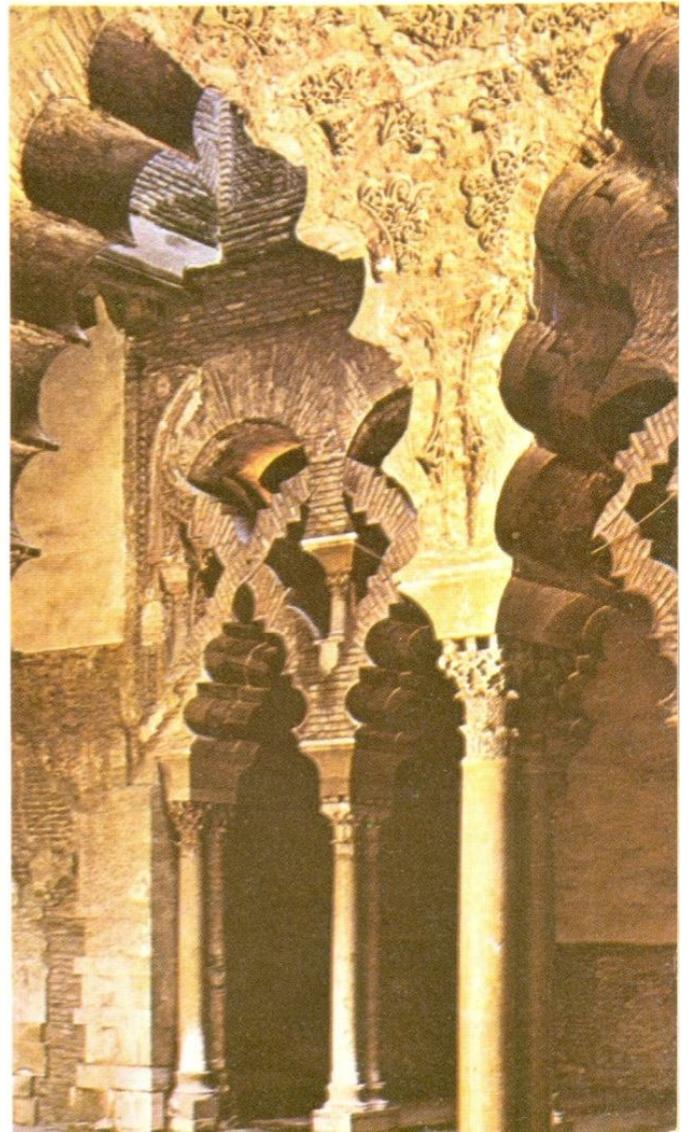
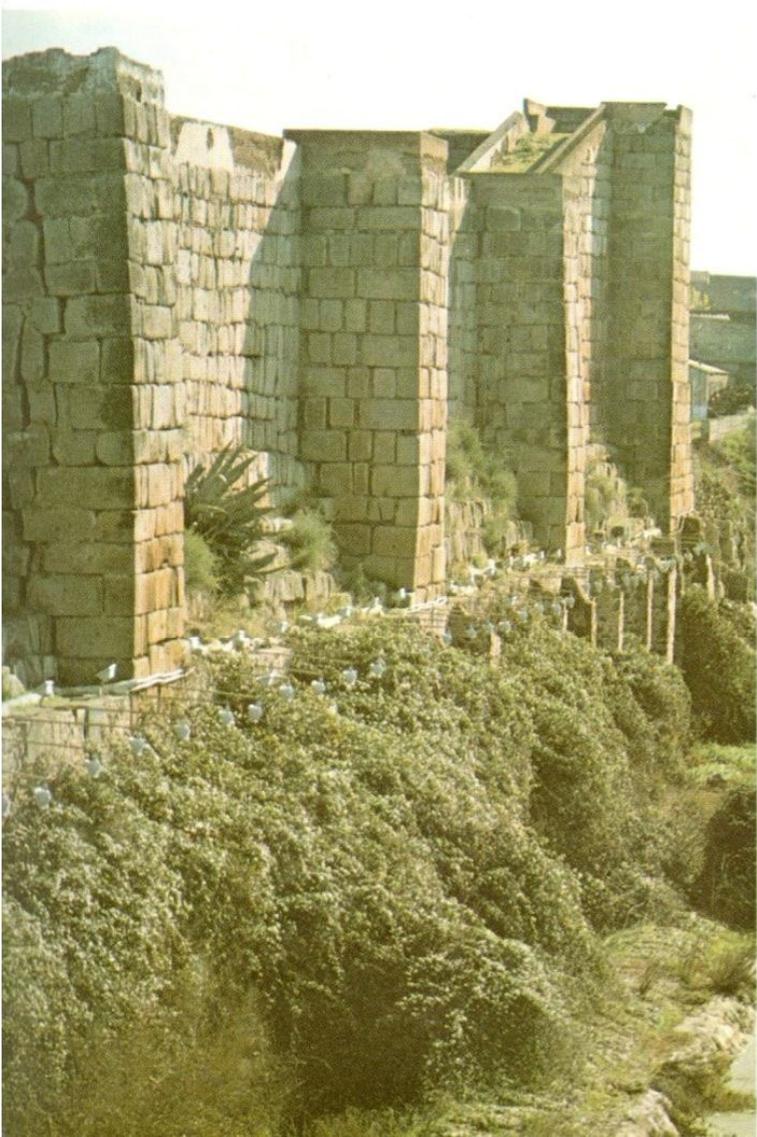
una corte sombría regida por soberanos berberes y palaciegos judíos que daban una fisonomía particular a este reino.

En Levante, el reino de Valencia, ante los avances conquistadores de Fernando I, había pedido ayuda a Toledo; éste, a partir de 1065, lo convirtió prácticamente en feudo suyo hasta la toma de la ciudad por el Cid.

En el centro peninsular, Toledo, que había conocido días de gloria en los que llegó incluso a dominar Córdoba, hubo de enfrentarse a los dos más fuertes enemigos de su tiempo: Castilla y el reino sevillano. Fue Alfonso VI, en

otro tiempo amigo y aliado, quien en 1085 la tomó para las armas cristianas, marcando así el final de dominio musulmán en esta ciudad desde los años de la conquista islámica.

Por el norte, Zaragoza, que a partir de 1039 era gobernada por los Banú Hud, alcanzó su momento de mayor auge alrededor del año 1085, cuando llegó a dominar todo Aragón, parte de Cataluña, la Rioja y algo de Levante. A pesar de sus luchas contra los cristianos, mantuvo su independencia hasta entrado el siglo XII, en que pasó a poder de los almórabides.



El continuo agotamiento de los taifas, fruto de sus constantes luchas internas, y la cada vez mayor presión de Alfonso VI que, tras la toma de Toledo, amenazaba de modo muy directo a los reinos del sur, hicieron ver a éstos la necesidad imperiosa de olvidar sus antiguas rencillas y buscar un aliado fuerte para frenar al castellano.

Este aliado no podía ser otro que Yusuf ibn Tachufín, emir de los almorávides, nuevo imperio que había surgido en Marruecos. Llamado por los reyes de Sevilla, Granada y Badajoz, Yusuf pasó a la Península en 1086 y logró derrotar al rey castellano en Zalaca. Aquella derrota frenó su avance por el momento, pero sólo dos años más tarde asediaba de nuevo a los andaluces, esta vez en Aledo, por lo que los almorávides fueron llamados por segunda vez.

La segunda aparición de Yusuf terminó mal, debido a la falta de entendimiento entre los soberanos locales, hecho que disgustó profundamente al norteafricano. Este, ante la debilidad que observó en los taifas y acuciado por los propios alfaquíes de Al-Andalus, volvió por tercera y definitiva vez en 1090. So pretexto de arbitrar la política andalusí, destronó al rey granadino y, poco después, al propio Almutamid; ambos fueron deportados a Agmat, pueblo sahariano, donde acabaron sus días. La época de los taifas desaparecía y daba paso a una nueva etapa.

La vida literaria

Si el siglo de los taifas se caracteriza por las intrigas políticas, el continuo tejer y destejer de alianzas y las ininterrumpidas acciones guerreras, también es, al mismo tiempo, el siglo de las letras y, sobre todo, el de la poesía.

Al gran desarrollo alcanzado contribuyó la intensa preparación que el califato había dado a todo género de estudios, la disgregación de sabios que huyeron de Córdoba y se repartieron por las demás ciudades, y la libertad concedida por los reyes de taifas.

Todas las disciplinas se cultivaron. Al-Bakrí destacó en la literatura geográfica; el derecho tuvo un gran representante en Ibn Mugith; la filosofía alcanzó un punto óptimo con Avenpace. Pero fue la poesía la indudable protagonista del siglo. Reyes, visires y pueblo llano emulaban las glorias de los poetas y, fundamentalmente, de los poetas de Oriente. Todo se escribía en verso; desde la invitación a una velada de placer hasta la más feroz injuria entre dos enemigos.

En un siglo que vive en y para la poesía, la pléyade de poetas es inmensa y resulta difícil espigar. Pero, sin duda, el símbolo es Almutamid. Amigo y protector de poetas, su más íntimo amigo fue otro poeta, Ibn Ammar, a quien luego había de matar por su propia

mano; casado con una esclava, Rumaykiyya, que supo completarle un verso mientras paseaba por el Guadalquivir, Almutamid cantó al amor y a los placeres y, ya en sus últimos días, en el inhóspito destierro de Agmat, aún compuso versos a la cadena que atenazaba sus tobillos.

Junto a Almutamid, Ibn Zaydún se yergue como figura representativa de este siglo. Encarna a los poetas neoclásicos de Al-Andalus con sus versos cargados de amor y de nostalgia. Amor y nostalgia hacia su amante, la también poetisa y princesa omeya Wallada, y hacia el califato cordobés, cuya pérdida lamenta ante las ruinas de Azahara.

En medio de estas voces evocadoras de placeres se alza acusador el alfaquí Ibn Ishaq de Elvira, que revela con tonos sombríos la corrupción de la corte zirí granadina. Asimismo, Ibn Labbana de Denia que, junto a una innegable calidad literaria, guardó fidelidad inquebrantable a Almutamid, a quien lloró en sus versos cuando el monarca embarcó a su destierro. Y luego, al-Sumaysir, el rey Mutasim de Almería, Ibn Sara de Santarén, Ibn al-Haddad y tantos más.

En la España de los taifas se cantó a todo: al vino, a las flores, a las mujeres y a los mancebos, a la guerra. Se evocó el pasado y se animó a agotar el placer; se intercambiaron las más feroces sátiras y se dedicaron los más desorbitados elogios; y todo ello utilizando como vehículo la poesía. Porque el siglo de los taifas es el siglo de la poesía.

El desarrollo del arte

De modo similar a lo ocurrido con los literatos de la Córdoba califal, inspiradora y núcleo principal del gran movimiento artístico del siglo X, emigró un buen número de artistas a las grandes capitales de provincia. Toledo, Sevilla, Zaragoza y Granada se iban a convertir de este modo en su nuevo hogar.

Esta dispersión de centros no originó la aparición de escuelas provinciales con líneas artísticas diferentes. Por el contrario, las realizaciones arquitectónicas de este momento acusan una notable unidad y conservan los rasgos característicos del califato, sobre todo en lo que se refiere a la disposición interna de los edificios civiles, que toman como modelo la distribución empleada en Medina Azahara. La misma fidelidad se observa en la decoración.

Lo que sí se transforma, y al mismo tiempo se unifica, son las técnicas. La piedra, tan usada en Córdoba, da paso a materiales más baratos, como el ladrillo, la argamasa, la cal y el yeso. También el arte refleja la diferencia entre la economía del califato y la de los taifas.

La pobreza de materiales está paliada por un revestimiento ornamental a menudo lujoso y

siempre frágil. Esta fragilidad explica la gran escasez de restos arquitectónicos que de esta época se conservan, fundamentalmente en cuanto a palacios se refiere. Las fuentes árabes nos hablan de los alcázares abbadíes y de los toledanos, entre otros, pero apenas conocemos hoy nada de ellos. El único conjunto bien conservado ha sido el de la Aljafería de Zaragoza. Por el contrario, son más numerosos los restos conservados de alcazabas, puertas y puentes, es decir, lo fabricado con piedra.

La decoración de los edificios tiene un fondo floral, sobre el que destaca el cúfico. Formas geométricas y arcos lobulados encuadran esta decoración floral en la que la palma es el elemento que prevalece.

Pocos testimonios de aquel arte han llegado a nuestros días. Entre los palacios, el mejor conservado y uno de los más importantes de su época es la Aljafería de Zaragoza, en el que los arcos lobulados multiplican sus lóbulos, los muros están recorridos por arcos mixtilíneos entrecruzados y toda la ornamentación llega a extremos delirantes.

Mayores son los restos conservados de alcazabas. Málaga, Almería y Granada son los más significativos, destacando en cada caso el buen estado de sus puertas de acceso y sus torres, cosa, por otro lado, lógica teniendo en cuenta que en este tipo de construcción el material empleado es fundamentalmente la

piedra. Del recinto defensivo de Toledo sólo se conservan la puerta de Bab al-Mardún y, sobre todo, la de Bisagra.

Toledo y Granada poseen dos construcciones de esta época. Son la mezquita toledana de Bab al-Mardún, hoy Cristo de la Luz y el baño granadino conocido por El Bañuelo. De este último tipo de construcciones se encuentran restos en Jaén y Palma de Mallorca, aunque sea, indudablemente, el ejemplar granadino el más importante y el que se halla en mejor estado.

Y de Sevilla ¿qué queda? La ciudad que fue símbolo de la época de los taifas, la heredera cultural de Córdoba no nos ha dejado huellas de su brillante pasado. Parece como si Almutamid se hubiera llevado, no sólo espiritualmente, sino también físicamente, la ciudad que tanto amó, en aquellas galeras que el poeta Ibn Labbana evocó en sus versos:

Todo lo olvidaré menos aquella madrugada junto al Guadalquivir, cuando estaban en las naves como muertos en sus fosas.

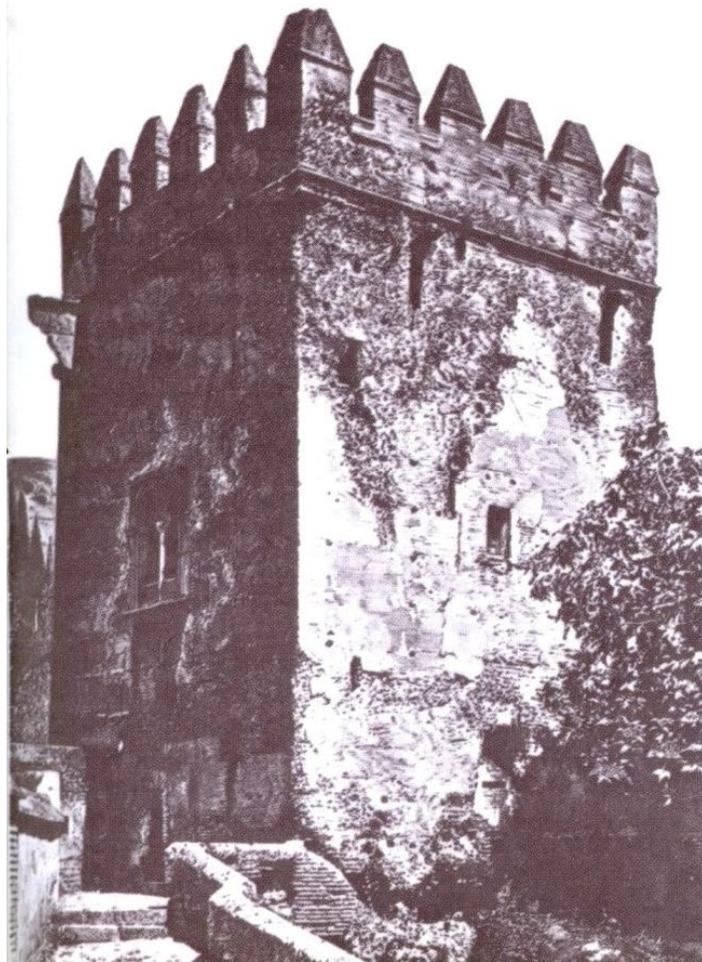
Las gentes se agolpaban en las dos orillas mirando cómo flotaban aquellas perlas sobre las espumas del río.

¡...! Partieron los navíos, acompañados de sollozos, como una perezosa caravana que el camellero arrea con su canción.

¡Ay, cuántas lágrimas caían al agua! ¡Ay, cuántos corazones rotos se llevaban aquellas galeras insensibles!

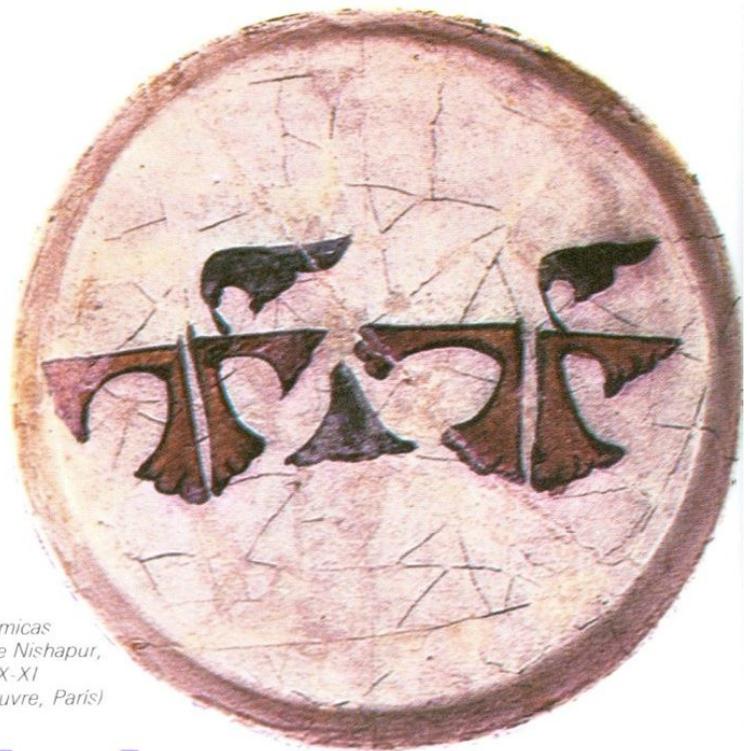
(Trad. E. García Gómez.)

Torre de los Picos de la Alhambra de Granada (plumilla del siglo XIX)



Taifas españolas

- 1031. Abolición del Califato de Córdoba y disgregación política.
- 1039. El reino taifa de Zaragoza es gobernado por los Banú Hud.
- 1050. El reino taifa de Sevilla engloba a multitud de sus vecinos.
- 1057. El reino taifa de Granada se apodera del de Málaga.
- 1065. El reino taifa de Valencia, feudatario de Castilla.
- 1066. Persecución antisemita en el reino zirí de Granada.
- 1067. Esplendor literario en la Sevilla de Al-Mutamid.
- 1078. El reino taifa de Sevilla culmina su hegemonía.
- 1085. Alfonso VI conquista la ciudad de Toledo.
- 1086. Primera expedición almorávide sobre la Península. Yusuf ibn Tashfin derrota a Alfonso VI en la batalla de Sagradas.
- 1088. Victoria cristiana sobre los almorávides en Alédo.
- 1090. Tercera expedición sobre la Península de Yusuf ibn Tashfin.
- 1091. El poder almorávide depone a Al-Mutamid, rey de Sevilla.
- 1094. Al-Andalus, provincia almorávide. El *Cid* se apodera de Valencia. Los reinos taifas de Badajoz y Lisboa son ocupados por los invasores. Fin del periodo de taifas en la Península.



*Dos cerámicas
procedentes de Nishapur,
siglos IX-XI
(Museo del Louvre, París)*

Esplendor de la ciencia árabe (850-1100)

Por Juan Vernet

De la Real Academia de la Historia

ENTRE los años 650 y 850, los científicos árabes habían conseguido traducir a su idioma las principales obras de las grandes civilizaciones que les precedieron. Los textos más importantes producidos por los sabios griegos, persas, indios y coptos estaban al alcance de los interesados en los temas que hoy se estudian en las Facultades de Ciencias, Medicina y Farmacia, sin que fuera preciso conocer previamente la lengua en que habían sido escritos gracias a la labor de traducción realizada en esos dos siglos.

Manuscritos árabes con esas traducciones se alineaban en los anaqueles de la *Casa de la Sabiduría*, fundada por el califa Al-Mamún (813-833), y en las bibliotecas particulares de mecenas y eruditos, gente por lo general espléndida, que daba toda clase de facilidades a los que querían copiar, leer o llevarse en préstamo esos manuscritos.

Se habían introducido asimismo conocimientos por vía oral (los *sabeos* de Harrán conser-

vaban en forma muy degradada los procedentes de la antigua Babilonia, introducidos en parte por Tabit B. Qurra y al-Battani, y los egipcios relativos a alquimia, que entraron de la mano de Ibn Umayl y Du-l-Num) y se había tomado contacto con la ciencia china. Primero mediante la captura como prisioneros de guerra de ilustres artesanos especializados en la fabricación de papel y más tarde por la asistencia de estudiantes chinos a las clases de los más distinguidos sabios de Bagdad, como al-Razí (m. c. 936).

Hay que reconocer, sin embargo, que mientras los contactos científicos con la India fueron continuos a partir del siglo IX, no ocurrió lo mismo con los chinos. Hubo que esperar hasta la casi total unificación de Asia por los mongoles (siglo XIII) —que incluyó en su ámbito tanto a Bagdad como a Pekín— para que esos intercambios fructificasen de modo sorprendente en el observatorio de Maraga, cuyo director, Nasir al-Din Tusi, agrupó a los



Guerreros
representados en dos
copas de cerámica
de Nishapur, siglo X
(arriba, Museo Irán Bastán, Teherán)

Reunión de sabios en un jardín, según una miniatura árabe del siglo XIII (abajo), Biblioteca Nacional, París



más destacados científicos de Asia, África y Granada, como el astrónomo y matemático español Ibn abi Sukr.

De este sincretismo de culturas y tradiciones arranca la ciencia árabe autóctona. La llamamos así por estar escrita en esta lengua, haciendo abstracción de la raza y religión de sus autores. Ciencia que está llamada a superar en la Edad Media el nivel alcanzado en la antigüedad y que demostrará un poder creador de nuevas perspectivas al pensamiento.

La mayoría de esos avances se logran en el período que ahora estudiamos. Pero en siglos posteriores la ciencia árabe continuará haciendo descubrimientos que, hasta los siglos XIII o XIV, irán por delante de los de la ciencia occidental. Luego, del XIII al XVI, progresarán en forma paralela ambas culturas hasta el punto de que es difícil establecer cuál de las dos descubrió determinados hechos científicos.

Por otra parte, hallazgos atribuidos a pueblos diversos o a los mismos árabes en el siglo XIII proceden, al parecer, de épocas más antiguas y, concretamente, de la que hoy nos ocupamos (por ejemplo, el descubrimiento de la brújula).

Metodología

Algún historiador de la ciencia ha querido ver dos épocas y dos regiones creadoras en el mundo islámico. Así, tomaría la iniciativa el Próximo Oriente —Iraq y Egipto concretamente en los siglos VIII al X— y después la España musulmana. Las últimas publicaciones de crónicas árabes, aún no traducidas y referentes a España, muestran que la circulación de libros e ideas fue tan intensa desde el siglo IX en adelante que los descubrimientos realizados en Oriente eran conocidos casi al mismo tiempo en Córdoba, si no antes, donde eran reelaborados según el talento particular de nuestros sabios.

En el siglo X fue nuestra Península un foco científico de primer orden. Lo prueban las traducciones del árabe al latín de textos matemáticos y astronómicos en Ripoll, de los que se benefició el futuro papa Silvestre II (m. 1002); la creación del cuadrante astronómico llamado *vetustissimus* por Millás, que no parece tener equivalente en Oriente; la introducción de la brújula en la navegación del Mediterráneo, ya en el siglo IX, y la redacción del primer tratado conocido de trigonometría esférica que precedió en dos siglos, por lo que hoy sabemos, al más antiguo conocido en el mundo oriental: el de Ibn Muad de Jaén (m. c. 1079).

Razón tenían, pues, en este caso, los polemistas de la *ciencia española* al afirmar, tanto Menéndez Pelayo como Echegaray, que en la época árabe existieron cultivadores de

primer orden en el campo de las ciencias exactas en nuestro país.

Desde el punto de vista metodológico y didáctico podría dividirse el mundo árabe en tres grandes núcleos científicos: el primero, con sede en Iraq, alcanzaría su máximo esplendor hasta mediados del siglo X; el segundo se centraría en torno del Egipto fatimí y su momento de auge abarcaría desde mediados del siglo X hasta fines del siglo XI, y el tercero en la España musulmana, también desde mediados del siglo X hasta bien entrado el siglo XIII.

Este último núcleo será el transmisor al resto de Europa de la inmensa mayoría de los descubrimientos árabes. El trasvase científico vía Túnez, Sicilia, Italia del Sur o bien a través de Bizancio tiene interés principalmente desde el punto de vista médico; pero este interés es muy reducido comparado con las traducciones árabe-latinas y árabe-hebraicas realizadas en todas las regiones de España (Toledo, Barcelona, Tarazona, Zaragoza, etcétera).

Evidentemente, al margen de los tres núcleos científicos se encuentran otros, desperdigados desde la India al Turquestán y Marruecos, con sabios de primera magnitud y descubrimientos sensacionales —pienso en el grupo de sabios persas de la época aquí estudiada con las figuras descolantes de Avicena y al-Biruni o Umar Jaiyyam, por ejemplo—; pero su influjo en Occidente fue menor, en general, al ejercido por los adscritos a los grupos ya mencionados.

Matemáticas y Astronomía

Pasando a describir por materias los principales avances de la ciencia árabe en este período destacan los hallazgos en Matemáticas y Astronomía. Así se realizó la medición del valor de 1° de meridiano y de los resultados obtenidos se instituyó una nueva medida *natural*: el codo negro. Siguieron para ello un proceso de operaciones que recuerda al empleado mil años después por los geodestas franceses para establecer la definición del metro.

Los árabes no utilizaron en este caso, porque lo desconocían, el método de la triangulación, sino que se movieron a lo largo de un meridiano del Próximo Oriente y midieron con cuerdas la longitud referida basándose en el cambio de altura del Polo Norte, según las observaciones practicadas con el astrolabio y confirmadas por otras hechas desde la cima de las montañas más altas al medir la depresión del horizonte.

Todo ello impulsó un amplio desarrollo de la Trigonometría, que, antes del tratado de Ibn Muad (m. c. 1079), se exponía de modo embrionario en los tratados de Astronomía, aunque las fórmulas utilizadas en los mismos

fueran muy desarrolladas y perfectas y algunos de sus artificios de cálculo, sumamente útiles, no pasaran a Europa.

Alrededor del año 1000, los trabajos de Habas al-Hasib, al Battani, Abu-l-Wafa e Ibn Muad, entre otros, consiguieron fijar las fórmulas fundamentales —algunas creíamos debidas al siglo XII— de la Trigonometría plana y esférica. Se habían construido tablas de las funciones principales (seno, coseno, tangente, cotangente, secante, cosecante) de grado en grado y, en determinados casos, de minuto en minuto. Este nivel sólo lo consiguió Europa algunos siglos más tarde con las obras de Vieta (1540-1603).

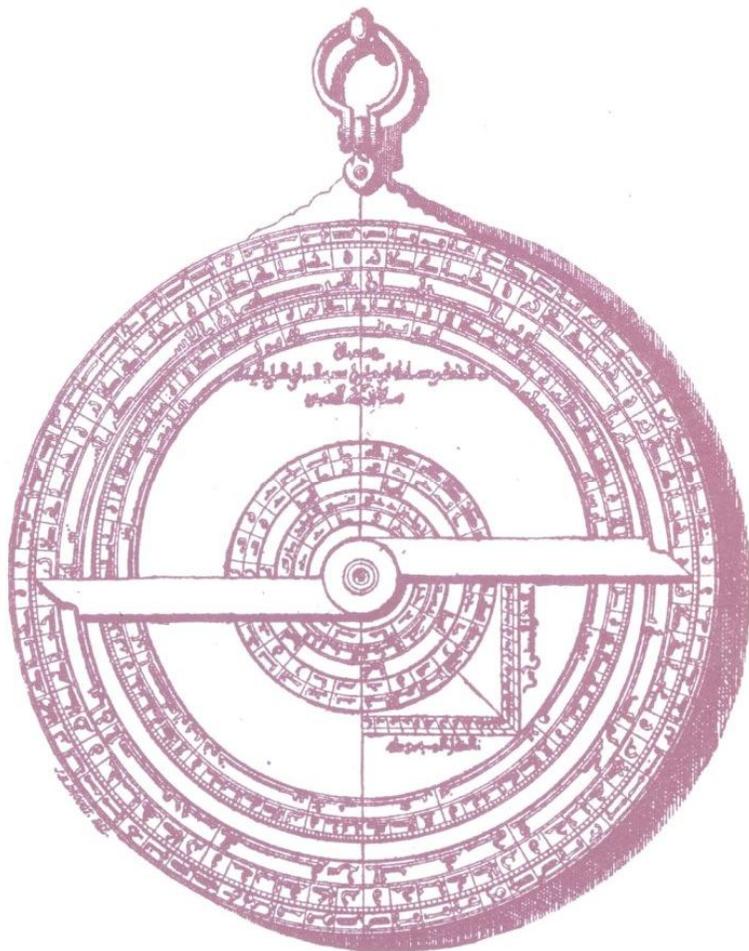
Al igual que hoy, se inclinaron por utilizar como valor del radio de la circunferencia la unidad. Las civilizaciones anteriores seguían una *pre-trigonometría* de cuerdas en las que ese valor era 60, 120 ó 150.

En el campo matemático propiamente dicho, y aparte de introducir la numeración de posición, intentan la demostración del V Postulado de Euclides, relativo a las paralelas, preocupación que no sintió Europa hasta muchos siglos después. El desarrollo de estas ideas llevaría al descubrimiento de las geometrías no euclideas a través de Sacchery, Lobachewski, Bolyai, Gauss, Riemann, etcétera.

Tabit b. Qurra simplificó el procedimiento griego de la exhaución para medir áreas de superficie limitadas por curvas, de tal manera que se le puede considerar precursor del cálculo infinitesimal de Leibnitz y Newton. Igualmente conocieron a Diofanto de un modo mucho más completo de lo que creíamos hace años y, siguiendo sus métodos, inventaron nuevas reglas y resolvieron toda suerte de problemas.

Hay que advertir, sin embargo, que todos sus tratados de matemáticas hasta el granadino al-Qalasadi (siglo XV) fueron discursivos, es decir, sin emplear —o muy escasamente— simbología matemática. La introducción masiva de ésta, que influirá en el desarrollo de la europea, se debe precisamente a al-Qalasadi. Tampoco les fueron desconocidos los sistemas de interpolación no lineal ni los procedimientos iterativos.

Dentro de la Astronomía, disciplina a veces mal vista por los alfaquíes, muchos avances partieron de fallos en las predicciones de sus astrólogos. En otras ocasiones, como sus observaciones iban en contra de la tradición tolemaica recibida, no se atrevieron a ampliarlas por aquello del *magister dixit*. Lo mismo ocurrió con la discusión de si todas las estrellas estaban en varios cielos, es decir, a distintas distancias de la Tierra o, como se creía en la antigüedad, en la misma. Algunos espíritus fuertes lo discutieron, pero no sacaron conclusiones definitivas; otros, más teólogos que astrónomos, basándose en la om-



Dos astrolabios árabes



nipotencia divina, llegaron a afirmar la existencia de miles de planetas como el nuestro.

Discutir de estas materias que estaban al alcance de muchas inteligencias era muy resbaladizo e incluso peligroso, según quién gobernase. De vez en cuando se hicieron autos de fe —lo mismo ha sucedido en todas las épocas y civilizaciones— como el ordenado por Almanzor con la biblioteca de al-Hakam II por motivos políticos más que religiosos, para así atraerse al clero (en el Islam no existe el clero en el sentido que nosotros damos a esta palabra).

Otras doctrinas astronómicas, en cambio, fueron de libre discusión, aunque estuvieran en neta contradicción con los presupuestos aristotélicos y tolemaicos. Tales doctrinas, como la falsa del movimiento de trepidación de los

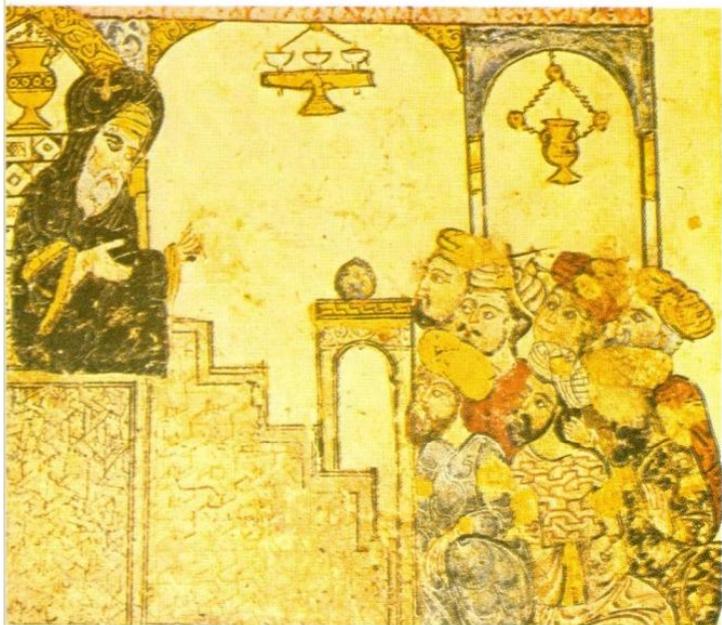
Herón y otros tratadistas griegos. Pero pronto sa apartan de ella para dar paso a nuevos aparatos, como los de los orientales Banu Musa (c. 880) o el español Ahmad al-Muradí (siglo XI) cuyo tratado es independiente, por lo que hasta ahora sabemos, de aquéllos.

Sin embargo, el campo más espectacular del desarrollo científico árabe es la óptica. El egipcio Ibn al-Haytam (m. 1039) escribe una serie de monografías específicas y una gran obra de conjunto, el *Kitab al-manazir*, en el que llega a resolver ecuaciones cúbicas. Traducido al latín, será el libro de texto de todos los físicos, hasta que aparezcan los trabajos de Huygens y Newton, ya en el siglo XVII.

La Química, llamémosla mejor Alquimia, presenta una fisonomía muy distinta a la de las ciencias hasta ahora tratadas. Es una disciplina que oscila entre el tratamiento científico y exotérico y el ocultista y esotérico. Desde el primer punto de vista, los árabes idearon nuevos aparatos y perfeccionaron otros procedentes de la antigüedad como el alambique. Buscando la piedra filosofal metalúrgica (transformación del plomo en plata y de ésta en oro) y biológica (creación artificial del homunculus = hombre), realizaron gran número de experimentos que les condujeron al descubrimiento de nuevos cuerpos o a desarrollar ideas que la literatura aprovecharía después hasta Goethe (*Fausto*). Pero, en todo caso, los que más fama alcanzaron fueron los de Chabir b. Hayyán, al-Razí y, mucho más tarde, Geber, el Geber latino e hispánico (siglo XII-XIII) al que con frecuencia se confunde con Chabir b. Hayyán.

Si puede hablarse de ecuaciones químicas hay que confesar que éstas se presentan en un lenguaje críptico que no es el mismo en todas las regiones del imperio. Así, el matrimonio del Sol con la Luna implica la aleación del oro con la plata, pero como cada uno de estos cuerpos tenía decenas de sinónimos, la interpretación correcta de sus *procederes* —en algunos casos destinados a fabricar moneda falsa, por los falsificadores, o de baja ley, por el propio gobierno— no son fácilmente reducibles a las contemporáneas. Es decir, todo lo contrario de lo que ocurre con las Matemáticas o la Astronomía.

De la Química esotérica —que aparece frecuentemente mezclada con la práctica— más vale no entrar aquí. Sí cabe, sin embargo, destacar que Madrid fue la sede de una gran escuela de alquimistas, entre los que se encuentran Abu Maslama (m. c. 1056) y su discípulo Ibn Bistrún. Al primero, autor del *Gayat al-hakim* (*Los fines del sabio*, traducido por Alfonso X bajo el nombre de *Picatrix*) y de la *Rutbat al-hakim* (*El peldaño del sabio*, aún pendiente de traducir) se le debe el haber demostrado por primera vez, de modo experimental, el principio de la conservación de la materia.



Predicador musulmán en Samarcanda (Biblioteca Nacional, París)

equinoccios, requerían demasiado aparato matemático y no llegaban al gran público, por lo que aquí no valía el aforismo del *magister dixit*. Es curioso observar cómo de una teoría falsa, el español Azarquiel (m. 1100) supo extraer una serie de conclusiones verdaderas, desde la oscilación del plano de la eclíptica a la del movimiento del apogeo solar. Su obra, conservada sólo parcialmente en árabe y hebreo y traducida al castellano por Millás, muestra que este hombre ha sido el mayor astrónomo de nuestra historia y uno de nuestros mejores matemáticos.

Física y Química

La Física como tal tiene menor entidad que las Matemáticas y la Astronomía. Sólo algunas ramas de la misma se desarrollan en esta época: la mecánica y, en especial, la óptica. En el primer caso se encuentran los libros que tratan de relojes u otros tipos de máquinas y autómatas; inicialmente siguen la tradición de



Reunión de estudios islámicos (miniatura del Maqamat, de Ibn al-Jariri, siglo XIII, Biblioteca Nacional, París)

Avicena

ABU Alí Ibn Sina, llamado Avicena, vino al mundo durante el mes de *safar* del año 310 de la *hégira*, que correspondía al de agosto del 980, en la ciudad por entonces persa de Afsana. Muy pronto, demostraría una gran capacidad para el estudio y la comprensión de materias humanísticas, aritméticas y geométricas, lo que le llevaría a ser considerado como un genio precoz. Más adelante, en la ciudad de Bujara, su padre le pondría en contacto con maestros que le introdujeron en el mundo de Aristóteles, Euclides, Tolomeo y los pensadores peripatéticos.

Más adelante, prosiguió sus estudios sobre cuestiones de carácter filosófico y teológico, tanto a través de las obras originales como a partir de los comentarios hechos sobre ellas. Aristóteles se le presenta ya como el principal objeto de estudio e investigación. Muy pronto, su sed de aprendizaje le introduciría en los estudios de Medicina; en este plano consi-

deraría elemento de fundamental importancia la observación directa del enfermo como instrumento necesario para el establecimiento del diagnóstico y el posterior tratamiento adecuados.

Debido a la calidad de su aprendizaje, Avicena tendría una activa participación en el tratamiento de pacientes ilustres, que le dispensaron un trato de favor, hecho que en algunas ocasiones le serviría para incrementar el ámbito de sus investigaciones científicas. La curación a sus manos del gobernador del Jurasán le permitiría acceder directamente a la rica biblioteca de éste; de este hecho Avicena escribiría líneas muy ilustrativas acerca de su formación: «... vi los libros cuyos nombres jamás habían sido conocidos por muchos y que yo no había visto antes, ni volví a ver después. Leí estos libros, recogiendo sus frutos y ponderando el nivel de cada autor dentro de la ciencia».

Las obras de Avicena

Avicena dominaba las lenguas árabe, persa y turca, escribiendo sus obras en las dos primeras. Conservamos los títulos de unas 242 obras; de la mayor parte se conservan manuscritos; las más importantes están editadas en árabe; y de bastantes de ellas tenemos traducciones al latín medieval y renacentista y a varias lenguas occidentales. La más importante de todas sus obras, al-Chifâ (La Curación) es una inmensa enciclopedia de todo el saber de su tiempo. Su principal escrito médico, al-Qânûn fi-l-Tibb (Canon de la Medicina), es el más importante tratado medieval de las materias médicas.

El lector deseoso de ampliar su información puede encontrarla en el libro de Yahyâ Mahdawî, Bibliografía de Ibn Sînâ (en persa), Teherán, 1954, entre otras razones por trabajar sobre las anteriores. Aún es útil la de G. C. Anawâtî, Essai de Bibliographie avicennienne, El Cairo, 1950, la de O. Ergin, Bâyük türk filozof ve tib süstadi İbni Sina, İstanbul, 1937, ha quedado anticuada en razón del tiempo.

Las obras más importantes de Ibn Sînâ son:

1. Al-Chifâ (La Curación). Edt. del «Millenario», en 10 vol. El Cairo, 1952-1971. De la parte del De Anima, «Libro sexto» de la Física, existe editado con traducción francesa de Jar Bakos, 2 vol. Praga, 1956. Traducción latina medieval; De Anima (Liber sextus de Naturalibus). Traducción el Ibn Dawûd latinizada por D. Gundisalvo, Venecia, 1508. Edt. crítica de S. Van Riet, 2 vol. Lovaina, 1969 y 1972.
2. Al-Nâyât (La Salvación). El Cairo. Primera edición 1333-1913. Segunda edición 1357-1938. De la parte de la Metafísica hay traducción latina de Nematalah Caramé, Avicennae Metaphysices compendium, Roma, 1926.
3. Kibat al-Ichârât wa-l-tanbîhât (Libro de las orientaciones y las advertencias). Edt. Forget, Leiden, 1892. Traducción francesa de A. M. Goichon. Le Libre des directives et remarques, París, 1951.



4. Kitâb al-insât (Libro del juicio imparcial). Editado de los fragmentos existentes por Abd al-Rahmân Badawî: Aristû ind al-Arab, El Cairo, 1947. Traducción francesa parcial de G. Vajda: Les notes d'Avicenne sur la «Theologie d'Aristote», Pub. en «Revue Thomiste», tomo 51, páginas 346-406, 1951.
5. Dânich-Nâmeh (El Libro de la Ciencia, en persa). Lógica, edt. Mo'in y Michkât; Metafísica, edt. Mo'in, y Física, edt. Michkât, Teherán, 1315-1953. Traducción francesa de Muhammad Achena y H. Massé: Avicenne, Le livre de science, París, col. I, 1955; vol. II, 1958.
6. Al-Hikmat al-machiriqiyya (La sabiduría oriental). Sólo se conserva la lógica: Mantîq al-machiriqiyyîn, El Cairo, 1328-1910.
7. Uyûn al-hikma (Las fuentes de la sabiduría). Edt. Badawî, El Cairo, 1374-1954.
8. Risâla fi-l-hundûd (Tratado acerca de las definiciones). Editado en la colección Tirasâ'il. El Cairo, 1326-1908. Traducción francesa de A. M. Goichon: Introduction à Avicenne. Son «Epître des definitions». París, 1933.
9. Risâla Hayy ibn Yaqzân («Historia» de Hayy ibn Yaqzân). Editado con versión antigua y comentario persa, traducción francesa, prólogo y abundantes notas por H. Corbin: Avicenne et le Récit visionnaire, 2 vol. Teherán-París, 1952-1954. Traducción francesa por A. M. Goichon: Le Récit de Hayy ibn Yaqzân, París, 1959.
10. Risâla fi-l-siyâse (Tratado sobre política). Edt. por Malouf en «Al-Machriq», 1906, y después en Traités inédits d'anciens philosophes arabs, Beirut, segunda edición, 1911.
11. Al-Qânûn fi-l-Tibb (Canon de la Medicina). Edición árabe, El Cairo, 1294-1877. Hay muchas ediciones de la traducción latina medieval a partir de la de Milán, 1473, siendo muy buenas y hermosas las de las «Juntas», de Venecia.

Muy joven, también estudió teología, al tiempo que proseguía sus actividades médicas, que le reportarían unos efectos benéficos que en un momento dado le llevarían hasta el nombramiento de ministro —*visir*—. Poco cuidadoso de su salud física, Avicena murió en el mes del *ramadán* del año islámico de 428, correspondiente al cristiano de junio-julio de 1037. Por entonces, el nombre latinizado de Avicena era la transcripción del calificativo que en lengua árabe significaba *jefe de los sabios*, de ahí la importancia de su consideración dentro del conjunto de la ciencia de su tiempo.

Años de aprendizaje

Toda su vida había sido dedicada al estudio y experimentación de los principios teóricos a los que había accedido; partiendo de fuentes tanto clásicas grecolatinas como musulmanas, trataría de establecer una síntesis de sus creencias religiosas y filosóficas, tarea de especial dificultad en todos los sentidos. De entre todos los filósofos y científicos árabes que en su momento sirvieron como elemento de transmisión del pensamiento clásico, este denominado *jefe de los sabios* aparece como el más acabado arquetipo de ellos.

En el plano de los estudios médicos, Avicena sería, junto con Hipócrates y Galeno, el elemento que tendría una mayor influencia en épocas posteriores. Sobre el ámbito de la filosofía pura, fue el mejor lector e intérprete de la obra de Aristóteles; aquí, sus preocupaciones de carácter teológico le impulsaban a hallar una síntesis entre el aristotelismo y el neoplatonismo. Esta unión de pensamientos —clásico geolatino y árabe— sería el motivo de su perduración posterior, que establecería una directa influencia sobre la labor filosófica de figuras especialmente destacadas dentro de la cultura denominada occidental.

La influencia posterior

La totalidad del pensamiento de Avicena manifiesta su creencia en la existencia de Dios, elemento imprescindible para la misma existencia de todas las cosas. Un único *Ser Necesario* es el que confiere la necesidad de ser a todos los demás seres, que únicamente son posibles a causa de aquél. El hombre, culminación de la obra de la Naturaleza, es en sí mismo un microcosmos que encierra elementos de carácter divino, como el alma y

la mente. Establece asimismo una aproximación realista a la religión, cuyos preceptos considera como materia de prudencia política para los sabios o como elemento de función salvadora y práctica para la totalidad de las personas que integran la sociedad.

Su influencia sobre la escolástica latina fue inmensa, y solamente se veía superada por la del cordobés Averroes. Musulmanes, cristianos y judíos beberían en las fuentes transmitidas por Avicena, y la cita de los autores que se vieron directamente inspirados por su obra resulta ya de por sí suficientemente ilustrativa: Maimónides y Alberto Magno, San Buenaventura y Duns Escoto, Rogerio Bacon y Tomás de Aquino, entre otros de menor relevancia. Su actividad como ordenador y sistematizador de conocimientos hasta entonces dispersos, además del significado de su obra creativa justifica plenamente el hecho de que fuese considerado no solamente como gloria y luz del Islam, sino también de toda la Humanidad.

Bibliografía

Abd Allah, *El siglo XI en primera persona. Las «Memorias» de Abd Allah, último rey zirí de Granada, destronado por los almorávides*, en versión de E. Levi-Provençal y E. García Gómez, Madrid, Alianza, 1980. Arié, R., *La España musulmana, siglos VIII-XV*, volumen III de *Historia de España*, Barcelona, Labor, 1982. Avilés, M., y otros, *La España musulmana. El emirato*, Madrid, Edaf, 1980. Cahen, C., *El Islam, desde los orígenes hasta el comienzo del Imperio Otomano*, Madrid, Siglo XXI, 1973. Cirici, A., y otros, *Arte islámico*, Barcelona, Salvat, 1974. Cruz Hernández, M., *Historia del pensamiento en el mundo islámico* (2 vols.), Madrid, Alianza, 1981. Cuevas, C., *El pensamiento del Islam*, Madrid, Istmo, 1972. Fahd, T., y otros, *El mundo islámico, Siglos VII-XV*, Barcelona, Salvat, 1974. Gabrieli, F., *Mahoma y las conquistas del Islam*, Madrid, Guadarrama, 1968. García Gómez, E., *Los poemas arábigo-andaluces*, Madrid, Espasa Calpe, 1959. Laoust, H., *Les schismes dans l'Islám*, París, Payot, 1965. Lewis, B., *Los árabes en la Historia*, Madrid, Espasa Calpe, 1956. Mantran, R., *La expansión musulmana, siglos VII-XI*, Barcelona, Labor, 1980. Martínez Montávez, *El Islam*, Barcelona, Salvat, 1985. Sánchez Albornoz, C., *El Islam de España y el Occidente*, Madrid, Espasa-Calpe, 1974. Vernet, J., *Literatura árabe*, Barcelona, Labor, 1966. Id., *Los abbasidas y el fraccionamiento del califato*, Barcelona, Salvat, 1972. Id., *la cultura hispano-árabe en Oriente y Occidente*, Barcelona, Ariel, 1978. Id., *Estudios sobre historia de la ciencia medieval*, Barcelona, Universidades de Barcelona y Bellaterra, 1979.

**Estamos
haciendo futuro.**



Telefónica